TOPICOS BOLIVARIANOS

GLOSAS

AL

"Diario de Bucaramanga"

POR

Monseñor Nicolás E. Navarro

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1933

TOPICOS BOLIVARIANOS

—

GLOSAS

AL

"Diario de Bucaramanga"

POR

Mons. Nicolás E. Navarro

TOPICOS BOLIVARIANOS

GLOSAS AL "DIARIO DE BUCARAMANGA"

POR

MONSEÑOR NICOLAS E. NAVARRO

Protonotario Apostólico a. i. p.

Deán del Cabildo Metropolitano de Caracas

Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, Socio Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, Honrado con la Medalla de Instrucción Publica, &. &.

CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1933

Arzobispado de Caracas.—Gobierno Superior Eclesiástico. — Caracas, mayo 12 de 1933.

Puede imprimirse.

† FELIPE,
Arzobispo de Caracas.

L. † S.

INTRODUCCION

26 de agosto de 1932.

TOPICOS BOLIVARIANOS

GLOSAS AL "DIARIO DE BUCARAMANGA"

INTRODUCCION

El aparecimiento de una edición típica del *Diario de Bucaramanga*, por ser ella copia fiel del manuscrito original, ofrecido a los lectores con todos sus defectos de "mal castellano", "numerosos errores ortográficos y sintácticos" e "insufribles barbarismos", por el solícito esmero de nuestro concienzudo Académico de la Historia y Bibliotecario Nacional, D. José E. Machado, ha venido a revestir de interés superior a ese tan zarandeado documento.

En presencia de esa redacción primitiva, "en letra no mui legible, muchas abreviaturas, como entonces era de estilo, y no pocas intercalaciones y tachas", con todas las características de apuntaciones al día, aunque algunas de ellas pudieran ser ampliadas algo más tarde, no es posible negar la autenticidad del escrito en su origen, aun cuando hasta cierto punto sí lo sea suspender el juicio sobre la veracidad en parte de su contenido.

Puede todavía, en verdad, preguntarse si ese manuscrito de Peru de Lacroix, arreglado ya en toda forma, llevando cada día por encabezamiento el resumen especificado de los sucesos que se cuentan, como cualquier capítulo de obra reposadamente preparada, es el primer borrador de la pieza, o si más bien los tales resúmenes fueron la primera apuntación del cronista, desarrollada después con un poco más de vagar: pregunta cuya fuerza se robustece aún más con el hecho de la existencia de los sumarios de la Parte perdida del Diario, los cuales posee, de puño y letra de su autor, nuestro esclarecido bibliógrafo D. Manuel Segundo Sánchez, y copia también el señor Machado, junto con otros interesantes documentos, como Apéndice de la edición en referencia [1]. Porque si en unos casos, como en el del 2 de mayo, Peru declara categóricamente: "llegado a mi casa lo anoté tal como acabo de referirlo", en otros, como en el del 9 de junio, se hace difícil admitir que el apuntamiento se escribiera con la misma celeridad [2]. Pero, sea como fuere, resulta

---

[1] Por cierto que la lectura de esos sumarios hace bien de lamentar la desaparición del texto correspondiente, que de ellos se desprende debía ser harto interesante.

[2] Algún otro reparo en materia de pormenores podría oponerse a las noticias del *Diario,* como sería, entre ellos, el tocante a la referencia de la condición de ambidextro del Libertador y el informe al respecto que dice Lacroix haber obtenido de "su primer edecán el Jral. Ibarra", que no se contaba en el séquito de Bucaramanga. (Nótese que en las ediciones anteriores del *Diario* este pasaje aparece muy trunco y además se dice tan solo "su edecán Ibarra", pareciendo querer *ex profeso* confundirlo con el joven teniente Andrés Ibarra, que era quien estaba

ya incontestable que esas notas se redactaron mientras palpitaba con toda su vivacidad en el magín del ladino Coronel la impresión de lo escuchado, y preciso se hace suscribir sin reparo el juicio del Padre Leturia cuando asienta que "tantos rasgos, tan gráficos, tan precisos, tan locales y personales, no se componen de memoria años después de los hechos, sino que exigen apuntes contemporáneos".

---

en Bucaramanga, pero no es el sujeto cuya autoridad en el caso alegaba Lacroix). ¿Cuándo, pues, le dió el Gral. Diego Ibarra esa información? ¿Antes, o después de 1828? Si después, es claro que el *Diario* fue posteriormente retocado. Una observación análoga podría tal vez caber también en vista de la precisión de fechas de ciertos acontecimientos, como el decreto de honores a Girardot y la muerte de Ricaurte. Al cabo de catorce años y del torbellino de sucesos, cada cual más formidable que el anterior, que se consumaron, no parece tan creíble que el Libertador recordase con tal exactitud las minucias cronológicas. Y en cuanto al mismo Peru, su entrada al gran servicio de Colombia había sido demasiado tardía, en 1823, cuando ya nadie se acordaba de la proeza de San Mateo. Muchos otros heroísmos palpitaban más en la memoria. No andaría, pues, desacertado quizás quien atribuyera a algún *remaniement* interesado ciertas desmesuras del *Diario de Bucaramanga*. En cambio, resulta a su vez increíble que Bolívar dijese que el Gral. La Torre mandaba en Venezuela en 1816, y que sobre este personaje recayesen sospechas de haber enviado a Jamaica el individuo que allí tramó el asesinato del mismo Libertador (pág. 20 de la edición de Machado. Cornelio Hispano omite el nombre de La Torre y dice tan sólo "el general español que mandaba entonces en Venezuela"). También es extraño que el Libertador equivocase sus apellidos y diese a su madre el de Palacios y Sojo (pág. 71 *ibid.*) cuando era Palacios y Blanco.

Documentos han aparecido, por otra parte, del mismo Peru de Lacroix, que coinciden perfectamente con las notas que él estaba llevando en aquellos días. Por ejemplo, en carta de 13 de abril de 1828, dirigida a su esposa (que se hallaba en Pamplona) desde Bucaramanga, le habla de los bailes a que hace referencia el Sumario de la Primera Parte del *Diario* en los días 13 y 14 de dicho mes. En la misma carta habla de la impaciencia con que se aguardaba en Bucaramanga la llegada de Ocaña del Coronel Wilson (llegó el mismo día 13), que tantas veces aparecerá después en el curso de esas efemérides. Ahí se anuncia también el viaje a Pie de Cuesta que el Sumario marca el 17 del mismo abril. Infórmala igualmente de la actitud política, no del todo favorable al Libertador, asumida en la Convención por el padre de ella (tu taita) D. Facundo Mutis, y de los consejos que sobre el particular le enviara Lacroix, y en la nota del 2 de mayo éste hace ver con regocijo que el suegro ha aprovechado la advertencia, pues en carta de 28 de abril le avisa haber sido de la mayoría que votara por el sistema central. Dígase lo mismo respecto de la noticia repetida del "refresco diario de la noche en casa del doctor Eloy" y del paseo por las tardes, a pie o a caballo, con el Libertador, que tanta conformidad guarda con las del *Diario.* Y, por último, el informe (en postdata) sobre establecimiento de un correo para Ocaña y Bogotá y sobre procedimientos contra Padilla, está en pleno acuerdo con lo que indica el Sumario de la Primera Parte del *Diario* como

materia del día 9 de abril de 1828 [3]. Compárese, además, la carta de Bolívar a Páez fecha 4 de mayo del mismo año (*Cartas del Libertador,* t. VII, pp. 254-256), con lo asentado en el *Diario* como ocurrido en los días 5 y 7 del propio mes, y se verá que, con una pequeña discrepancia de data fácilmente explicable, el acuerdo de los dos escritos es perfecto [4]. Por otra parte, una revisión de ese epistolario bolivariano de Bucaramanga (propio tomo, *passim*) demuestra que sus datos coinciden con los del *Diario* en las cosas que dejó apuntadas Lacroix. Todo lo cual proclama que no puede en absoluto negarse el hecho de que Peru de Lacroix llevara en Bucaramanga un apunte cuidadoso de las

---

[3] Esa postdata figura en la copia de la carta en cuestión publicada por el *Boletín de Historia y Antigüedades,* órgano de la Academia Colombiana de la Historia, n. 218, correspondiente a marzo de 1932.

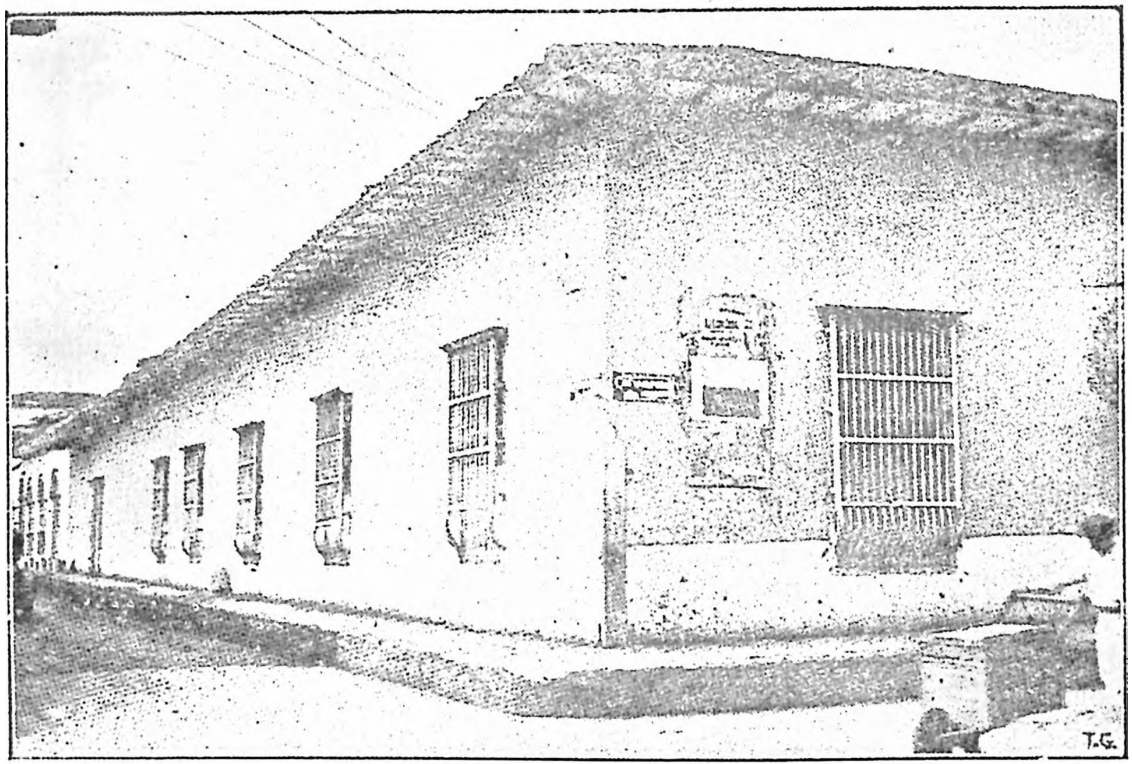
[4] Nótese, sin embargo, que aquí la falla cronológica pertenece evidentemente a Peru de Lacroix, lo cual demuestra bien que no siempre escribía él sus apuntaciones tan al acabar de suceder las cosas. En efecto, el 2 de mayo da cuenta el *Diario* de haber salido para Ocaña, despachado por el Libertador, el Comandante Herrera, que, según el consabido Sumario, había llegado a Bucaramanga el 29 de abril, cosa que confirma Bolívar en la mentada carta a Páez, pero aquí mismo dice S. E. haber recibido el día antes, 3, las representaciones de Venezuela y haber devuelto ya a Ocaña a Herrera llevándole al General Briceño y demás amigos sus últimas ideas. Luego al poner Peru de Lacroix lo de las actas de Venezuela y de la carta a Páez en los días 5 y 7 de mayo, indica que su trabajo no se iba haciendo con tan rigurosa puntualidad como quisiera hacerlo creer.

ocurrencias diarias de la permanencia del Libertador en la famosa villa.

No quiere esto, empero, decir que deba tenerse ese apunte como un documento fundamental en la historia de Bolívar. Dar tamaña importancia a unos cuantos desahogos familiares, proferidos bajo el imperio de un apasionamiento efímero, y tal cual vez con la ordinaria exageración de "ese irreductible espíritu de gracejo y malignidad que abunda en el venezolano y no podía faltar en el chispeante ingenio del Libertador", sin contar los aditamentos de propia cosecha con que el espíritu peculiar del cronista pudiera ribetearlos, es traspasar los límites de la fe histórica y conceder a una serie de anécdotas o a la observación de unas pocas semanas la primacía sobre toda la grande y bien manifiesta historia de un personaje. El mismo Peru de Lacroix nos habla del enojo que causó al Libertador la lectura de un manuscrito relativo a él del Dr. Eloy Valenzuela, enojo que le hizo soltar una andanada de improperios contra el excelente amigo a quien en momentos de sosiego solía llamar *el buen Cura de Bucaramanga.* Y el propio narrador, acaso recordando ese significativo episodio, confiesa al concluir sus apuntes que no sería menor el enojo de Bolívar contra él que lo fue contra el Dr. Valenzuela, por haber confiado al papel, sin permiso suyo, aquellas explosiones de su trato íntimo para ofrecerlas a los pósteros como el verdadero trasunto de su personalidad histórica. Pues bien, ello demuestra que no era esa la expresión genuina de su vida que Bolívar quería se proyectase en la Historia y que,

por consiguiente, lo que él mismo aprobaba en sus hechos, esperando se perpetuase en la memoria de los siglos, era toda aquella actuación pública que ya lo tenía consagrado como Creador de Naciones y Libertador de un Mundo.

Los que han gustado de espigar en el campo del *Diario de Bucaramanga* han creído hallar ahí muchos manojos para forjar una mentalidad del Libertador adversa a la Religión. Bueno será efectuar otra rebusca, a ver si se encuentra algo que contrarreste ese resultado y ofrezca una mentalidad bolivariana en mejor acuerdo con las creencias religiosas. Eso nos proponemos con las presentes glosas, ya que, no perdiéndose de vista las reservas que arriba hemos antepuesto, el *Diario de Bucaramanga* es un precioso acopio de pormenores sobre la complicada entidad moral del Hijo de Caracas.



CASA QUE HABITÓ EL LIBERTADOR EN BUCARAMANGA

(Hoy marcada con el número 711 de la calle 6ª, entre Carreras 7ª y 8ª. Ahí está actualmente la Compañía Colombiana de Tabaco).

PRIMERA GLOSA

BOLIVAR Y LA MASONERIA

11 de setiembre de 1932.
26 de abril de 1933.

ACOTACIONES MUY INTERESANTES

Ya impreso este libro, una feliz circunstancia nos ha permitido cotejar el texto de la edición de Machado con el manuscrito original del *Diario de Bucaramanga* que ella copia, y habiendo verificado unas pocas inexactitudes en el traslado (debidas sin duda a descuidos de amanuense), entre las cuales algunas pertenecientes a pasajes de que se ha hecho mérito en estas Glosas, hemos creído que bien valía la pena dejar señaladas las del caso en la presente paginilla adicional, para confirmar, completar o enderezar el sentido de dichos pasajes. Con lo cual satisfacemos nuestro gusto por la precisión rigurosa de las citas, dando al mismo tiempo muestra de la absoluta probidad a que aspiramos en materia de crítica documental. Ténganse, pues, en cuenta las siguientes aclaraciones en los respectivos lugares de las Glosas que van a leerse:

1° A la pág. 56, *nota* 2.—El manuscrito original dice bien claro "cuentos en la mesa" (y lo mismo la copia a mano existente en la Academia de la Historia), por lo cual esa nota debe corregirse así: "No está demás advertir que en todas las copias impresas hay una equivocación en el encabezamiento de este capítulo al decir: *cuentos en la misa,* pues el texto de Lacroix reza claramente: *cuentos en la mesa,* y en efecto ese punto del sumario se refiere al tiempo de la comida, en que el Libertador contó varias interesantes historietas, animado de un buen humor que le acompañó "durante toda la mesa". Conviene llamar sobre ello la atención, no sea que alguien venga también a servirnos la patraña de que el Libertador iba a Misa a contar cuentos".

2° A la pág. 69.—La frase que queda ininteligible en la primera y segunda líneas y está copiada al pie de la letra (*sic*) del texto de Machado, debe completarse como sigue, según el original: "saca pues de allí cuales deben ser mis opiniones en materia de Eliseo y de Tenaro o Tártaro". Y la palabra "funciones" de la misma segunda línea, que en la *nota* 1 de la propia página decimos alterada en "ficciones" por Cornelio Hispano, debe realmente enmendarse con ésta, porque es así, "ficciones", como está en el original.

3º A la pág. 76, cuarta linea.—Debe también sustituirse la palabra "preferia" por "protejeria", que es la verdadera lectura del original, quedando en esta sola parte rectificada la *nota* 5 del pie de la misma página.

4º A las págs. 78, segundo párrafo, y 79-81.—Debe tenerse en cuenta, respecto del dicho segundo párrafo, que la frase con que termina: "ambos son hipocritos, y sin fé", tiene en el original aspecto de adición posterior, pues el punto final fue puesto primero en "Repub^a." cerrando ahí las comillas, y después va la consabida frase, sin que se atendiera bien a dejarla encerrada dentro del encomillado. Además, el párrafo contiene líneas tachadas, que acusan un esfuerzo y manipuleo harto sospechoso de redacción.

Cuanto a la diatriba del 14 de mayo contra Obando, en cuya frase final queda tan ofendido el Obispo de Popayán, nótase desde luego que esta frase se presta a la misma observación anterior. El párrafo terminaba en "Colombia", como lo dejan ver el punto bien negro que más tarde se alargó a coma pero con tinta más clara, añadiéndose al lado un rasgo más grueso como para tachar las comillas que habian cerrado el periodo, y la vacilación del adicionista, que primero puso "asociados" y borró luego esta palabra para sustituirla entre líneas con "en compañía". Pero lo más grave del caso es que la mencionada diatriba aparece en el original bajo dos redacciones diferentes e indiscutiblemente de dos épocas distintas. La segunda de esas redacciones fue superpuesta a la primera en una faja de papel pegada con obleas (que el tiempo ha desprendido) a la foja primitiva, para simplemente tapar el texto pero sin borrarlo. Esa segunda redacción es la que consta en la copia auténtica de la Academia de la Historia, y la que únicamente se ha reproducido en las varias ediciones del *Diario de Bucaramanga*. Es la misma que se lee en las páginas 79 (*ad calcem*) y 80 de nuestras *Glosas*. Y para que la confrontación pueda verificarse por todos los lectores, copiamos aquí el texto de la primera redacción: "Entonces el Coronel O'Leary hizo esta pregunta al Libertador: "¿y su grande amigo, el Coronel Jc. Ma. Obando, que es lo que "es señor" (*estas seis últimas palabras reemplazan, entre líneas, a estas otras que van tachadas*: "que sera, Señor?"). "Que es, "repartio el Libertador, peor que Lopez; un asesino con mas "valor que el otro; un bandolero audaz y cruel; un foragido des-"preciable" (*el* ble *es una corrección superpuesta a la sílaba* do) "y un tigre feroz, no saciado todavia con toda la sangre "colombiana que ha derramado. Por ultimo, son dos verdugos "que deshonran las insignias que llevan" (*Las cuatro últimas palabras reemplazan, en línea final, a estas otras que van tachadas en penúltima línea*: "el nombre de Colombiano que llevan": *el* de *entre líneas*). Como se ve, además de que los términos son menos violentos, ahí no existe ni la menor alusión al Obispo de Popayán. Podemos, pues, concluir que tuvo muy buen olfato el Padre Leturia al sentir repugnancia por la *redacción* del consa-

bido trozo, y no menos acertados anduvimos nosotros en atribuirlo al odio de Peru de Lacroix, recrudecido en 1835, por Obando.

5º A la pág. 89, *nota* 6.—En efecto, el original (como también la copia auténtica de la Academia) dice "frugalidad", y con esta palabra debe enmendarse el texto de Machado.

6º A la pág. 95, octava línea.—Léase "y a qu." como claramente reza el original.

7º Importa agregar aquí que, habiendo tenido la fortuna en estos días de leer el *Indice* del *D. de B.* que posee D. Manuel Segundo Sánchez, escrito de puño y letra de Lacroix, nos ha sorprendido gratamente el hallar que no sólo contiene los sumarios de la Primera Parte sino también los de la Segunda: lo cual ha venido a confirmarnos en nuestra sospecha insinuada en la Introducción de estas Glosas, p. 8, acerca del carácter no del todo original del manuscrito en cuestión. Y es muy de notarse que ese *Indice* de Sánchez difiere bastante de los encabezamientos del manuscrito, faltando particularmente los epígrafes relativos a los pasajes del *Diario* que tanto se han controvertido. Advertimos, por último, que, en lo tocante al tema de nuestra Sexta Glosa, la parte relativa al 9 de junio (pp. 106-110) tiene, en el manuscrito, carácter de añadidura posterior, pues pertenece a un cierto número de fojas intercaladas.

Las anteriores acotaciones son como el preludio del estudio crítico que nos proponemos hacer del manuscrito del *Diario de Bucaramanga* para llegar a un dictamen definitivo acerca de su tan discutido valor histórico.

* * *

Aprovechamos la oportunidad de esta paginilla adicional para apuntar una reflexión que nos ha sugerido la pieza de Servando Teresa Mier que insertamos en nuestra Primera Glosa. ¿Cómo se explica que Miranda, fundador como lo proclaman los escritores argentinos y chilenos, de la Sociedad de "Caballeros Racionales", no logró por medio de ella en Venezuela ningún favor para sus expediciones? ¿No hubo venezolanos inscritos en esa Caballería? ¿Qué nexos tuvieron los primeros próceres caraqueños con la institución mirandina? Y, ya Miranda actuando en el país ¿qué papel desempeñó ella en el desarrollo de los acontecimientos? La verdad es que parece no haber rastro en los anales de la época de influencias de esa institución. Pero es éste un punto histórico que bien merece averiguarse, y lo insinuamos por ende a los aficionados a estudios sobre el Precursor.

Caracas: 18 de junio de 1933.

N. E. NAVARRO
Prot. Apost..

PRIMERA GLOSA

BOLIVAR Y LA MASONERIA

En nuestros folletos referentes a la Masonería en Venezuela [1], dejamos asentado lo siguiente: *Bolívar no fue masón.*

No ha faltado, sin embargo, quien advierta, frente a tan categórico aserto, que el mismo Libertador da testimonio, en una de sus charlas de Bucaramanga, de haberse inscrito en la Orden del Mandil.

Cierto es, pero ese testimonio va acompañado de explicaciones, tan precisas y formales, que hacen caer por sí misma la objeción, convirtiéndose en la mejor prueba del consabido aserto.

Bolívar declara, en efecto, que por espíritu de curiosidad se había hecho en su juventud iniciar en una Logia, pero que, no habiendo hallado en ella nada que le sedujera, sino al contrario una pueril y ridícula

---

[1] *La Iglesia y la Masonería en Venezuela* y *La Masonería y la Independencia.* (Caracas—Parra León Hermanos, Editores—Editorial Sur-América—1928).

farsa, la abandonó en seguida y no volvió más nunca a tenerla en consideración. Las frases que pone Peru de Lacroix en labios del Libertador no pueden ser más despectivas ni más reveladoras del desengaño de Su Excelencia respecto de la famosa "antigua asociación". Y fue tanto el desprecio con que la continuó mirando, que ni aun como instrumento político se dignó utilizarla, creyendo con muy buen juicio que semejante resorte, lejos de servir a sus propósitos, le estorbaría grandemente en su realización. El hecho, pues, de haberse metido a la Logia por pura curiosidad, con el ánimo de darse cuenta personalmente de lo que la tal institución encierra, y de haberla luego abandonado en pleno chasco, conservando toda la vida una idea tan desfavorable de ella, denigrándola en repetidas ocasiones y dictando por último gravísimos actos gubernativos en su contra, pregona a grito herido que no hay justo título para decir que Bolívar fuese siquiera alguna vez masón, ni menos para que la Logia pueda con motivo legítimo vanagloriarse de haberle de esa manera contado entre sus adeptos.

Léase ahora el relato, fidedigno a más no poder (abajo se hará bien patente), que nos ofrece sobre el particular el *Diario de Bucaramanga,* bajo la fecha de 11 de mayo de 1828:

"Poca gana tenía el Libertador de ir a dormir y "siguió conversando. Habló sobre la masonería di- "ciendo que también había tenido él la curiosidad de "hacerse iniciar para ver de cerca lo que eran aque- "llos misterios, y que en París había sido recibido "Maestro, pero que aquel grado le había bastado para

"juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación: que "en las Logias había hallado algunos hombres de mé- "rito, bastante fanáticos, muchos embusteros y mu- "chos más tontos burlados; que todos los masones "parecen a unos grandes niños, jugando con señas, "morisquetas, palabras hebraicas, cintas y cordones; "que sin embargo la política y los intrigantes pueden "sacar algún partido de aquella sociedad secreta, pero "que en el estado de civilización de Colombia, de fa- "natismo y de preocupaciones religiosas en que están "sus pueblos, no era político valerse de la Masonería, "porque para hacerse algunos partidarios en las logias "se hubiera atraído el odio y la censura de toda la "Nación, movida entonces contra él por el clero y los "frailes, que se hubieran valido de aquel pretexto; "que por lo mismo poco podía hacerle ganar la Maso- "nería, y hacerle perder mucho en la opinión".

Basta eso, pues, para dejar bien confirmado que, hablando en propiedad, Bolívar no sólo no fue masón, pero ni siquiera fue masonizante; por lo cual sería verdaderamente vergonzoso para la Logia alardear de haber tenido por afiliado suyo a quien de manera tan sangrienta se burló de sus misterios y desechó sus servicios.

¿Podrá decirse que Peru de Lacroix no recogió bien las frases del Libertador y puso en sus labios un concepto de la Masonería de acuerdo con lo que él mismo, Lacroix, sentía acerca de la tenebrosa institución? De ninguna manera, pues su interés en tal caso habría sido presentar un Bolívar muy afecto a la Masonería y gran panegirista de sus ideales; ya que

él sí era masón de verdad y parece tenía a mucha honra su afiliación en la Orden, pues en su primer testamento (otorgado, según cálculos aproximados, el año de 1834 en Nueva York) cuenta entre los objetos preciosos de su equipaje que debían ser enviados a su esposa en Bogotá, sus *diplomas masónicos*. Y, sin embargo, tuvo la buena fe de dejar constancia de aquel juicio del Libertador tan adverso a la Masonería. Por eso dijimos arriba que se trataba aquí de un relato "fidedigno a más no poder".

Quede, pues, dilucidado así el punto que dio lugar a esta glosa y ella misma quede realzada con la siguiente justísima observación de Marius André en su *Bolívar y la Democracia:* "Bolívar es uno de los raros revolucionarios y fundadores de Repúblicas en el siglo XIX que, desde los comienzos de su carrera política, escaparon al yugo de la franc-masonería".

Observación que remacha con esta cita de Vicuña Mackenna: "Bolívar es único: nadie manda donde él manda; nadie puede nada donde él está, porque él es todopoderoso. San Martín, hijo de las Logias, se ve, por el contrario, sometido bajo pena de muerte a una tenebrosa subordinación, que al fin y al cabo lo pierde".

Por lo demás, es muy digno de notarse que el Libertador no hiciera ni la más remota alusión, en su plática con Peru de Lacroix, a la *Gran Reunión Americana* de Miranda, ante la cual y su filial de Cádiz dicen Mitre y Mancini que prestó Bolívar juramento de hacer triunfar la causa de la emancipación de la América Meridional. Bolívar habla de su iniciación

masónica en París como de una cosa completamente nueva en el curso de su vida, sin relacionarla para nada con anteriores compromisos hiránicos. Y sería muy extraño que, habiendo existido éstos, saliera después burlándose a todo su sabor de la cabalística Hermandad. Todo lo cual — si fuere cierto lo de la juramentación de Bolívar en las Logias Mirandinas — vendría a corroborar nuestra tesis de que esas asociaciones del Precursor no eran sino de carácter político, para fraguar los planes de la emancipación de América, y específicamente distintas de la Masonería.

Téngase además en cuenta que Bolívar afirmó en Bucaramanga, como adelante se verá (pp. 99 y 100), que, cuando su primer viaje a Europa, las ideas políticas no habían ni siquiera *tocado su imaginación,* y que cuando el segundo, no fue sino durante su excursión por el Viejo Mundo que poco a poco "iba tomando "algún interés en los negocios públicos, interesándose "en la política y siguiendo sus variados movimientos". Cuanto a sus relaciones con Miranda, parece que no las tuvo sino en su tercer viaje, al encontrarse en Londres, si hemos de juzgar por su carta a Mr. Alexandre Dehollain (París, 23 de junio de 1806) en la cual, refiriéndose a la expedición del Precursor por aquellos días, se muestra Simoncito muy inquieto sólo por los intereses económicos y ansioso de volver a *la Colonia* para evitarse perjuicios en ellos. Hé aquí los términos del documento:

"Toutes les nouvelles qu'on nous donne sur l'ex-"pédition de Miranda sont un peu tristes, car on pré-"tend qu'il a le projet de soulever le pays, ce qui peut

"causer beaucoup de mal aux habitants de la Colonie. "Mais malgré tout cela je voudrais y être dejá, car ma "présence dans mon pays pourrait bien m'épargner "beaucoup de dommages: mais le sort veut que je me "trouve si loin de ma patrie, et sans les moindres res- "sources!" [2]

*

Y puesto que uno de los nombres que más saltan a la palestra en este asunto es el del famoso insurgente mexicano Fray Servando Teresa Mier, de quien escribe Mancini que perteneció al número de los que en Londres "desfilaron sucesivamente ante el Precursor y fueron en seguida los portadores de su palabra a las respectivas patrias de origen", merece bien la pena ilustrar la presente glosa con el testimonio que dicho personaje dejó consignado en sus declaraciones de 1817. Estos preciosos datos los hallamos en el *Boletín del Archivo General de la Nación,* de México, n. 3 (julio-setiembre de 1932). Por cierto que ya en el primer artículo del propio número el historiador Sr. Nicolás Rangel se expresa así: "El Dr. Mier había sido iniciado en Cádiz en la Logia de 'Caballeros Racionales', que era una masonería ocasional de rito americano, fundada exclusivamente para trabajar por la independencia de América. El fundador fue el célebre general argentino don Carlos Alvear". Oigamos ahora al mismo Dr. Mier: la cita resultará larga, pero

[2] V. Lecuna.—*Cartas del Libertador,* t. I, p. 17.

creemos será interesante y hará reflexionar a muchos, por el nuevo enredo que introduce en las noticias. Después de exponer el estado de las cosas en España, para dar cuenta de una *Sociedad de Americanos* establecida en Cádiz en febrero de 1811, se explica como sigue:

> Con esto D. Carlos Alvear, americano de Buenos Aires, casado con una señorita andaluza, Teniente de Carabineros Reales, que se había portado muy bien en la guerra, fundó en su casa una Sociedad de Americanos, diciendo que para ello había recibido papeles de Santa Fe a fin de averiguar qué americano se había portado bien en favor de España, para recibirlos en América; si no, nó. Dirá el confesante cómo fue él enganchado para la Sociedad a mediados de septiembre de ochocientos once por un español, natural de Vizcaya, comerciante en la Nueva Granada, porque la Sociedad era también de europeos, de cuyo nombre no se acuerda, el cual le dijo: las cosas de América y España están muy malas, es necesario irnos de aquí, porque esto se va a entregar a Napoleón; hay una Sociedad donde está la flor de los americanos y tenemos un barco para irnos, pero para ser recibidos en América se exije aquí una purificación, y esta se hace en la Sociedad. Allí se socorrerá a usted, que sabemos está pobre y sin sueldo. También Cancelada *(era un Diarista asalariado contra los americanos sospechosos)* anda ya tras de usted, porque sabe que usted ha refutado o está refutando su historieta de la Insurrec-

ción de México (uno y otro era cierto) y así es necesario salvar a usted como salvamos a Toledo.

Dicho esto lo condujo a casa de Alvear, Barrio de San Carlos cerca de la muralla, a boca de noche. Entrando en la sala se metió para dentro el dicho español, y de ahí a un rato volvió y le dijo: Por el deseo de recibir a usted, no se han juntado nomás que ocho o nueve Socios (la verdad es que no había más en la tal Sociedad). Usted no haga caso de si le dicen que se deje sangrar: es fórmula; y ha de dispensar usted si al entrar le vendan los ojos, porque los Socios no quieren ser conocidos hasta que usted sea recibido. Dicho esto, lo llevó a una puerta y dio cuatro golpes; oyó de dentro una voz que decía: A la puerta han llamado con un golpe racional; otro dijo: Vea quién es. Entreabierta la puerta y preguntado a la guía, respondió: El de la puerta es D. N. de T. que trae un Pretendiente.—Quién es el pretendiente? —D. Servando de Mier.— Qué estado?— Presbítero.—De qué tierra es?—De Monterrey en América.—Cúbranle los ojos y que entre.

Entonces le preguntó uno:—Qué pretende usted, señor?—Entrar en esta Sociedad.—Qué objeto le han dicho que tiene esta Sociedad?—El de mirar por el bien de la América y de los americanos.—Puntualmente, pero para esto es necesario que usted prometa bajo de su palabra de honor someterse a las leyes de esta Sociedad.—Sí haré, conforme no sean contrarias a la Religión y la Moral.

Y advierte que esta misma respuesta oyó dar a tres eclesiásticos de la otra América, que entraron después en los quince días siguientes, y que sólo se acuerda de los nombres de dos, un Anchoriz y otro Monroy, y también a varios de los seculares.

Siguió el Presidente:—Para mayor confirmación, es necesario que usted se deje sangrar a fin de afirmar con su sangre la firmeza.

Como el Confesante sabía que era fórmula, respondió que estaba presto; y entonces el que lo conducía, que luego vio que era el Maestro de Ceremonias, dijo:—General, una vez que el Señor se ha ofrecido de voluntad a esta prueba, se puede omitir toda otra.—Descúbranlo.

Entonces vio a D. Carlos Alvear sentado y delante una mesa, teniendo a sus lados sentados dos otros, y por los lados otros, en número de tres de cada lado. Poniéndose entonces Alvear en pie y teniendo en la mano una espada, le dijo:—Señor, esta Sociedad se llama de Caballeros Racionales, porque nada es más racional que mirar por su Patria y sus Paisanos. Esta espada se la debía dar a usted por insignia para defender la Patria, pero como usted es Sacerdote, la defenderá en la manera que le es permitido. La segunda obligación es socorrer a sus Paisanos, especialmente a los Socios, con sus bienes, como éstos con los suyos lo harán con usted. La tercera obligación, por las circunstancias en que nos hallamos y en que se nos podría levantar que ésta era una conspira-

ción, es guardar secreto sobre lo que pase en la Sociedad.

Dicho esto, mandó al Maestro de Ceremonias que me hiciera dar los tres pasos que dio, tres de cada lado; y volviéndome a la mesa me dijo Alvear: estos pasos significan que cuantos dé usted a favor de la América del Norte, dará a favor de la América del Sur, y al revés. Las señales para conocerse son éstas: pondrá usted la mano en la frente y luego la bajará a la barba. Si alguno correspondiere, se pondrá junto a él y entre ambos deletrearán la palabra unión; acabada, se abrazarán diciendo: unión y beneficencia. Si usted necesitara socorro en lance de guerra &, levantará los tres dedos de la mano, diciendo: A mí los de Lautaro.

Dicho esto me abrazó, diciendo unión y beneficencia, y lo mismo hicieron los demás. Con esto me senté, y un Abogado tuerto que estaba a la derecha de Alvear, llamado Gracida, natural de Santa Fe, echó una arenga diciendo: que de estas Sociedades había en las capitales de la América del Sur instituidas por lo crítico de las circunstancias, y que esta de Cádiz estaba subalternada a la de Santa Fe, como una purificación que exigía, según arriba queda dicho. Concluida la arenga, se levantaron todos y se tomó un refresco sin ceremonia alguna de la Sociedad.

Prosiguiendo Mier su historial, declara:

> Que había descubierto luego que no había tal flor de americanos en la Sociedad, ni había buque para irse, ni tales Sociedades semejantes en la América del Sur. Todo era fingido para enganchar. Y si fingieron que pertenecían a la Junta de Santa Fe, era porque dos americanos, Gracida y Caicedo, que iban para la Nueva Granada, llevaban encargo de plantear allí la Sociedad. En la Sociedad había el tal Alvear, Presidente, cuatro españoles, de que sólo se acuerda del nombre de un vizcaíno llamado Marrondo, y tres americanos llamados Prada, de Santa Fe, Urriola, de la Habana, y el otro Garza, de Caracas, los cuales con los dos arriba dichos inventaron con Alvear esta Sociedad. Después fueron entrando varios, los más Guardias de Corps y Guardias Españoles o de la Habana, o de otra América, y sólo se acuerda de los apellidos de dos de esta América, Ruel, de Durango, y Brizeño, de Guadalajara. Esta Sociedad no era ni contra la Religión ni contra el Rey, como se lo respondió Alvear cuando el confesante le puso la condición, para obedecer sus leyes, de no ser contra la Religión y la Moral. Los más eran militares y se fueron a servir en los ejércitos de Su Majestad, quedando extinguida la Sociedad a principios de septiembre de 811, por lo dicho y porque D. Carlos Alvear se fue para Londres con designio de irse para Buenos Aires. Tampoco era de Masones la Sociedad, aunque puede ser que como Alvear era Masón imitase algunas fórmulas y tal vez

pensase en amalgamarse con ellos; pero encontró resistencia, pues una noche propuso que si algún socio quisiese entrar Masón para saber lo que trataban en ellas *(las Logias)* contra América, se le podía permitir. La Sociedad le respondió que cada uno lo viese en su conciencia. Habiéndole tocado al confesante arengar tres veces a los nuevos por ausencia del orador, les advirtió expresamente que no era una Sociedad de Masones sino de Patriotismo y Beneficencia, y reconviniéndole Alvear a la oreja por qué insistía tanto en que no eran Masones, pues debía advertir que éstos perseguían a los que no eran de su Sociedad, respondió que insistía porque en realidad no lo era y porque él no quería serlo, pues además de tenerlo prohibido Su Santidad, su razón lo convencía: o la cosa era mala, y debía prohibirse, o, si era buena, para qué era el secreto bajo tan execrables juramentos. Si Alvear tuvo esa intención, mudó después enteramente de plan, porque el Declarante vio carta suya a la Sociedad que creía existente en Londres, fecha en Buenos Aires en ochocientos doce, para que recibiese a un tal D. José Pinto, natural de Chile, porque aunque era Masón no era Caballero Racional, y en fin los Francmasones están quietos y pacíficos en Buenos Aires y Alvear con todos sus caballeros racionales fue desterrado en mil ochocientos diez y seis del mismo Buenos Aires.

Partiendo Alvear de Cádiz el día primero de octubre de ochocientos once para Londres, ins-

taló allí su casa con seis americanos que llevaba, de cuyos nombres sólo se acuerda del de San Martín, natural de Buenos Aires, Edecán del General Copining, a fin de recibir en ella a los americanos de las Legaciones de Caracas y Buenos Aires. El Confesante que ya estaba allí y creía que el secreto sólo obligaba en Cádiz, por las circunstancias, habló de la Sociedad a varios, y los Socios fingieron hacerle proceso ante un tribunal de cinco y lo sentenciaron a estar en pie en una sesión. Creyendo la cosa seria (aunque después supo que había sido burla) preguntó la pena que correspondía al que abandonaba la Sociedad. Esto fue en septiembre de ochocientos once, hasta cuya fecha asistió el Confesante a cuatro o cinco sesiones.

Alvear se fue para Buenos Aires a principios de enero de ochocientos doce, y los Socios que quedaron en Londres no quisieron más juntas, diciendo que no era menester Sociedad para socorrer a los americanos, y que esas Sociedades secretas eran sospechosas y sólo propias para producir un Tirano. En efecto lo produjeron en Alvear, que por medio de la Sociedad en Buenos Aires derribó al Gobierno, aunque de Insurgentes, y se apoderó de él continuándolo como Insurgente; y este Gobierno envió de propósito por el Confesante ofreciéndole las pagas de sus deudas, si las tenía, y no reparar en gasto alguno para conducirle, como consta de carta que le escribió uno del Gobierno, llamado D. José Alvarez Gonte,

en ochocientos doce, y el Confesante respondió que él no iba donde había semejantes Sociedades de Caballeros Racionales.

Supo el Confesante que estando Alvear en Londres envió en los pliegos de Oficio del Diputado de Caracas una carta para la Sociedad de Santa Fe, que él suponía haberse ya instalado por sus dos Emisarios. Estos pliegos cayeron en poder del Ministro Español Onís, el cual delató al Gobierno de España la tal Sociedad como de Francmasones. Este ha sido un engaño, ocasionado o de algunas fórmulas adoptadas por Alvear, o de algunas cifras inventadas por Urriola, quien una vez le preguntó al Confesante si para cifrar igualdad pondría una ecuación algebraica [3]. Tal vez Alvear, que era Masón, escribió a sus Emisarios como Masón, pero la Sociedad no lo era: y si él sabe que Alvear lo era, es porque él mismo se lo dijo. Tampoco eran sesenta los Socios, como dicen que rezaba una lista adjunta a la carta de Alvear, pues nunca pasaron de veinte, si acaso llegaban. El Gobierno de Cádiz hizo investigación y, no hallando tal Sociedad y sabiendo lo que era, a nadie ha molestado.

Dice, por último, Mier:

Que habiendo a fines de septiembre de ochocientos once presentádose a todos los americanos por si le mandaban algo para Nueva España

[3] Nótese que el General Mitre emite un concepto análogo en su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.*

a donde se venía un joven llamado Acuña, por sobrenombre Tacones, ocurrió al americano Prada, que el tal joven podría servir para propagar la Sociedad en el Reino de México, y, no estando abierta la Sociedad, dicho Prada llevó a Acuña al Castillo de Santa Catalina, donde estaba el orador de ella, que es Urriola, habanero, y éste (que estaba preso en dicho Castillo) admitió a Acuña a la Sociedad sin ceremonia, encargándole de palabra procurase propagar la Sociedad en México, pues las había en todas las ciudades grandes de la América del Sur, y aun en otras de España fuera de Cádiz, y uno y otro era mentira. Que el Confesante conoció al Tacones en Cádiz, de cuya boca supo lo que queda expresado y después lo supo por el mismo Urreola, Prada y Alvear, porque se dio aviso de la agregación a la tal Sociedad y se le puso en la lista. Que además de esta Sociedad de Caballeros Racionales era público y notorio que había Logias de Francmasones, así de Anglo-Americanos como de Ingleses y de Españoles, adonde concurrían, según se decía, Embajadores Extranjeros, algunos miembros de las Cortes Generales y Cobachuelos.

Como se ve, hay en esa relación muchos datos que lo dejan a uno perplejo. Desde luego, es raro que no aparezca para nada ahí el nombre de Miranda, y si es cierto que la Sociedad de Cádiz fue fundada en febrero de 1811 resulta bien claro que no pudo Bolívar juramentarse en ella, como pretende Mancini, cuando su segundo viaje a Europa, el cual se efectuó en 1803,

regresando en 1806. Tampoco resulta exacta la aseveración de Mancini, de haber *desfilado* Servando Teresa Mier ante el Precursor, puesto que el mismo Mier declara que sus conexiones con la Sociedad datan de setiembre de 1811 (cuando ya Miranda estaba actuando en Caracas, adonde llegara a fines de 1810) y toda su naración se desarrolla en torno de la persona de Alvear. Dígase lo mismo respecto de San Martín, pues según la noticia de Mier tampoco pudo él encontrarse con Miranda en Londres; de suerte que sólo acumulando anacronismos le fue posible a Mancini mezclarlo con Alvear y Zapiola en una simultánea iniciación, *en 1811!* Cuanto a O'Higgins, que también figura en el *desfile* de marras, es cierto que estuvo con Miranda y gozó de su predilección: el Precursor le escribió además una carta con los "Consejos de un viejo sur-americano a un joven patriota al regresar de Inglaterra a su país", y el mismo O'Higgins decía en 1811 que la libertad de su patria era el primer anhelo de su alma, desde que en el año de 1798 se lo inspirara el General Miranda; pero bien pudo ser todo eso sin necesidad de herméticas iniciaciones, tanto más cuanto que al insistir Miranda con O'Higgins en el consejo de escudarse por medio del secreto contra los lazos de los tiranos, no da muestras de referirse a obligación contraída ante Sociedad alguna, sino al sentido de natural reserva para librarse de funestas contingencias. Queda tan sólo la posibilidad de que Bolívar se *iniciase* cuando su misión diplomática en Londres como Enviado de la Junta del 19 de Abril; pero, dado el empuje que ya habían tomado los acontecimientos, no

parece que hubiese más necesidad de compromisos misteriosos, los cuales sobre todo para Bolívar no tendrían razón de ser, si es que se acepta en toda verdad lo del solemne juramento del Monte Sacro. Por lo demás, queda muy disminuido el interés histórico de los *Caballeros Racionales* ante el testimonio de que ni eran tan numerosos como se aseguraba, ni contaban con las Sucursales de que alardeaban "en todas las ciudades grandes de la América del Sur". Punto este último en que coincide Mancini con Mier, pues el flamante autor de *Bolivar et l'émancipation des Colonies espagnoles* confiesa paladinamente que la Logia Lautaro, de Buenos Aires, "fue, a decir verdad, la sola Asociación de este género en la América del Sur", no habiendo alcanzado el Consejo Supremo a encender otros focos iguales en las Colonias.

Al confrontar esta relación de Servando Teresa Mier con las otras noticias que se hallan impresas sobre el particular, se comprueba todavía mejor la poca consistencia de los datos con que tales noticias fueron hilvanadas. Hay mucho de incertidumbre, de inexactitud y de fantaseo en ellas. Sin verdadera documentación y con rastros muy imprecisos, se tejió un enredo impresionista y con unos toques de lirismo se le dio cabida en las grandes páginas de la historia. Basta cotejar, sin embargo, las varias aseveraciones para advertir en su vaguedad y sustanciales divergencias, y a veces en la ambigüedad diríase intencionada de que adolecen, la falta de luz en la materia con que procedieron los autores.

Sin negar, pues, la existencia de las agrupaciones revolucionarias formadas en torno suyo por Miranda, y particularmente la de la *Gran Reunión Americana* de Londres, que fundó él, según se dice, a fines del siglo XVIII, es preciso, no obstante, concluir que no tuvieron ellas, en cuanto Sociedades Secretas, toda la importancia y desarrollo que se les ha querido atribuir; ya que, al fin y al cabo, la única institución de esa índole de la cual consta que tuviese una efectiva actuación y cuyos estatutos y reglamentos son conocidos, fue la Logia Lautaro, que fundaron en Buenos Aires, el año de 1812, San Martín y Alvear.

Pero, sobre todo, queda más y más esclarecido que las tales asociaciones mirandinas *no eran Logias Masónicas.*

SEGUNDA GLOSA

LA "EXCOMUNION" DE 1814

24 de setiembre de 1932.

SEGUNDA GLOSA

LA "EXCOMUNION" DE 1814

Aunque es cosa bien sabida y de explicación harto fácil, dadas las circunstancias históricas en que los sucesos se desarrollaron, bueno es hacer algún hincapié en ello para desvanecer escrúpulos y acallar malignos comentarios.

Bolívar recordaba en su palique de 6 de junio de 1828 el episodio de diciembre de 1814, en que los Gobernadores Eclesiásticos de Bogotá, ante la inminente llegada de las tropas del Gobierno General, encargadas por el Congreso de Tunja para reunir por la fuerza a la Confederación Granadina la provincia de Cundinamarca, lanzaron un edicto (que, como se verá, no fue propiamente una excomunión) contra ellas y su Jefe, edicto que revocaron algunos días después, rindiendo público honor a la religiosidad de los mismos que fueran objeto del fúlmino (para emplear la locución *Perú-ana*).

Copiemos a Lacroix en toda la gracia de su jerga agabachada:

"No puedo acordarme sin risa y sin desprecio el "edicto con que me excomulgaron yo y todo mi ejér- "cito, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, "Dres. Pey y Duquesne el día 3 de diciembre del año "14 tomando por pretexto que yo venía para saquear "las Iglesias, perseguir los sacerdotes, destruir la Re- "lijión, violar las vírjenes y degollar y los hombres y "los niños; y todo esto para retractarlo públicamente "con otro edicto, en el que en lugar de pintarme como "impío y hereje, como en el primero, confesaban que "era yo un buen y fiel católico! qué farsa tan ridícula, "qué lecciones para los pueblos! Nueve o diez días de "interval hubo entre aquellos dos edictos: el primero "se dio porque marchaba sobre Bogotá por orden del "Congreso Jeneral, y el segundo porque había entrado "victorioso en aquella capital. Nuestros sacerdotes tie- "nen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las "descomulgaciones es nulo ahora, las fulminan sin otro "resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su "impotencia y aumentar cada día mas el desprecio que "merecen".

Y bien! Fuera de la forma algo despectiva — que no puede saberse si es del todo literal o su poquillo aderezada por el cronista — no hay allí nada que pueda achacarse a verdadera irreligiosidad del Libertador. Que hubo el edicto, lo hubo; que ese edicto fue revocado a los pocos días en términos honrosos para el Libertador, nada más cierto. Que, por consiguiente, el tal edicto no tuvo ningún efecto en el orden espiritual para Bolívar, puesto que los Gobernadores Eclesiásticos, a virtud de una explicación muy respetuosa

y satisfactoria de él mismo, declararon haber sido guiados de falsos informes, bien alto lo proclaman los documentos. Que no hubo en el caso ni una verdadera apariencia de excomunión fulminada, basta la lectura atenta del edicto para ponerlo de manifiesto. Que al cabo de catorce años el Libertador recordara el incidente entre amigos (guardándose bien de hablar de su propia Nota a los susodichos Gobernadores) y se permitiera algún comentario picante al respecto, no hay venezolano que no se lo explique, acostumbrados como estamos a lanzar en lo familiar esas invectivas y mordacidades irreverentes sin que ello constituya ni con mucho una profesión seria de impiedad.

Veamos ahora, por curiosidad, los documentos en cuestión. Nos los ofrece la famosa Recopilación de Blanco-Azpurúa (t. V. pp. 184, 195 y 196, nn. 980, 992 y 993), y los reproducimos con los mismos títulos con que allí aparecen encabezados.

Mal informados los Gobernadores del Arzobispado de Santafé, acerca de los procederes y operaciones de las tropas republicanas que al mando del Brigadier Bolívar obraban sobre la capital, para restablecer la unidad de la Confederación de las Provincias Granadinas, lanzaron un edicto, el 3 de diciembre, anatematizando las tropas de la Unión.

EDICTO DE LOS GOBERNADORES DEL ARZOBISPADO

Nos los doctores don Juan Bautista Pey de Andrade, Arcediano, y don José Domingo Duquesne, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, Gobernadores del Arzobispado por el Ilustrísimo Se-

ñor doctor don Juan Bautista Sacristán, su meritísimo Arzobispo.

A todos los fieles cristianos de esta Diócesis, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Amenazados de una repentina irrupción de gente armada o de guerra implacable, en que no se guardan los estilos, leyes y reglas que precisamente se observan entre todas las naciones animadas de los sentimientos de humanidad, violándose el derecho de gentes y procediéndose por una desapiadada crueldad.

Interesándose ya nuestra santa e inviolable Religión, que se halla en los términos de ser atacada y combatida en sus ministros y sacerdotes, en las vírgenes y sus monasterios, en sus templos y altares, en sus rentas, en sus alhajas y bienes, y aun en aquellos vasos sagrados que sirven inmediatamente al culto y al cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que se ofrece todos los días por la expiación de nuestros pecados: teniéndose entendido que gobierna esta expedición el general Simón Bolívar, cuya historia es bien conocida en todo el reino, cuya crueldad es notoria a todos estos países, a que ha llevado la muerte y la desolación, y cuya irreligión e impiedad ha publicado él mismo y la ha dado a conocer en una proclama que comienza: *Ciudadanos! infeliz del magistrado...* inserta en el papel titulado *El Mensajero de Cartagena.* Atendiendo a estos urgentísimos y gravísimos peligros, siendo de nuestra obligación e incumbencia el manifestarlos a los pueblos, que pueden preocuparse con el terrorismo y con las artificiosas razones de una

seductora política, y en que, pretextando otras cosas, pretenden esconder debajo de especiosos raciocinios el robo, el sacrilegio, la impiedad y la ruina universal: nos vemos necesitados, en cumplimiento del ministerio que ejercemos y en defensa de la Religión y de la humanidad, a manifestarlos claramente, estando dispuestos a morir por esta causa, para que todos los fieles cristianos de toda la Diócesis lo conozcan, y entiendan la obligación que tienen de creer a sus pastores, a quienes ha colocado Dios en su Iglesia para que aprendan de ellos la doctrina de la verdad, y no se dejen engañar de algunos otros que, por sus particulares intereses y fines y por la corrupción de corazón, están envueltos en las mismas causas y se hacen cómplices de los mismos delitos y de la excomunión, dándoles favor, auxilio, ayuda o cualquiera cooperación para el logro de sus intentos.

Y como en los casos de tan urgente necesidad debemos excitar al pueblo cristiano a la verdadera penitencia y detestación de todos los pecados y a la práctica de todos los ejercicios de piedad y misericordia que puedan aplacar a la soberana justicia de Dios Nuestro Señor, mandamos que se hagan las preces ordenadas por la Iglesia para estos casos en todas las iglesias de esta ciudad; exhortando, como exhortamos, a los venerables padres prelados, curas y eclesiásticos, unan sus votos con los nuestros cooperando a nuestras intenciones.

Y para consuelo de los fieles concebimos a su nombre un *voto* para una procesión solemne a Nuestra Señora la Santísima Virgen de la Concepción del Ora-

torio, del modo que la ordenaremos y dispondremos a su tiempo; como también un ayuno general en los mismos términos, con declaración que los que uniesen su voluntad con la nuestra en este punto quedarán obligados al *voto*.

Y teniendo consideración a las gravísimas y urgentísimas necesidades del Estado, exhortamos universalmente al venerable clero de la ciudad y provincia para que contribuyan con sus donativos, que en semejantes casos son inexcusables y muy dignos de alabanza y propios de nuestra obligación.

Y para que llegue a noticia de todos, se fijará en las puertas de esta santa iglesia catedral y demás lugares convenientes.

Dado en la ciudad de Santafé, a 3 de diciembre de 1814.

Juan Bautista Pey de Andrade.

José Domingo Duquesne.

Por su mandado,

Gregorio Muñoz,
Notario.

Como se ve, ese documento no constituye un edicto de excomunión. Esta palabra misma no se emplea ahí sino como una advertencia a los fieles, supuesto el caso de que fueran ciertos los hechos denunciados, y ni siquiera se aplica de un modo formal a los pretensos sacrílegos. No es esa la manera canónica de fulminar aquella censura. Por lo demás, es bueno que no se pierda de vista que no se trataba, en la circunstancia,

de guerra entre españoles y patriotas, sino de riña entre dos fracciones del bando emancipador, deseoso el Congreso de Tunja de reducir a su gremio al gobierno disidente de Bogotá. Léanse ahora los otros documentos:

Bolívar que encuentra en la Pastoral de 3 de diciembre, de los Gobernadores del Arzobispado de Santafé, que los Venerables Ministros han sido sorprendidos y engañados acerca de los procederes de los Libertadores de Cundinamarca, les dirije una explicación de éstos.

NOTA PASADA POR BOLIVAR A LOS GOBERNADORES DEL ARZOBISPADO

Santafé, Diciembre 15 de 1814.

Venerables Señores:

La guerra es un mal, pero mayor lo es la opresión y los medios que la conservan. Trabajándose generalmente en la América por destruir la tiranía española, la falta de unión, la falta de un Gobierno General, respetado en todas las partes del territorio, y capaz de resistir con todas las fuerzas y de oponer la energía entera de la Nación al enemigo verdadero, propendía a conservarla en la Nueva Granada. Remediar tamaño mal ha sido el objeto de que me encargué: para ahorrar la sangre de mis hermanos, cuya efusión dolía a mi corazón, propuse muchas veces una capitulación en que nada pedía que no fuese conducente al bien común. El Gobierno de Cundinamarca, inconsulto en sus medidas, no quería sino la guerra: y careciendo de los medios eficaces de hacerla, ocurrió

a otros fundados solamente en la religión o en el fanatismo de la multitud.

Tal es la Pastoral que UU. SS. como Gobernadores del Arzobispado dirigieron a estos diocesanos en tres del corriente. Denigróse en ella mi carácter, y se me pintó impío e irreligioso: se me excomulgó, y se incluyó en la excomunión a toda mi tropa: se me dijo autor de la muerte y la desolación de estos países: y se aseguró que todo mi ejército sin ningún sentimiento de humanidad venía a atacar nuestra santa e inviolable Religión, sus ministros y altares, sus rentas y alhajas, y aun las mismas vírgenes y vasos sagrados.

Medios tan bajos han sido siempre reprobados de las naciones cultas, y UU. SS. mismos han sido testigos de que, más humano hacia el pueblo de Cundinamarca que su propio Gobierno, me abstuve de cuanto me permitía el derecho de la guerra sobre la mayor parte de la ciudad, que habían ocupado mis tropas: busqué constantemente la paz, y acepté, cuando dos días más de sitio bastaban para hacer perecer la pequeña guarnición de la plaza mayor, una capitulación que yo mismo había propuesto antes del combate, y la única que yo y mi ejército podíamos desear. La capitulación ha sido publicada, y UU. SS. habrán visto ya si podía haber mayor moderación ni mayor generosidad de mi parte, ni mejor conducta de parte de un ejército que se había abierto entrada por la fuerza.

El honor del Gobierno a que pertenezco, y el sentimiento de lo que me debo a mí mismo y a mis valientes soldados, exigen una reparación. Jamás he tomado las armas sino para libertar; y en medio de

los combates he confiado siempre en que mi religiosidad contribuyese a mi fortuna. Espero, pues, que UU. SS., más justos de lo que fueron en aquella ocasión, procuren reponer mi opinión a los ojos de la multitud por medio de una pastoral digna del ministerio de UU. SS. y de la verdad. Es injusto mezclar la Religión en cuestiones puramente civiles: lo es mucho más valerse en tales casos de armas solo útiles contra sus enemigos: lo es aún más abusar así de la credulidad de un pueblo que tiene tal confianza en sus Sacerdotes; lo es, en fin, mucho más, disfamar tan cruelmente a un ejército que no cede en piedad a ningún pueblo cristiano, y cuyo único consuelo en las adversidades es el sentimiento de su propia conciencia y la Sagrada Religión de sus padres.

Dios guarde a UU. SS. II. muchos años.

SIMON BOLIVAR.

Nadie negará que los términos de esa Nota son lo más sumisos y reverentes que pudiera desearse, al propio tiempo que llenos de una gran alteza de pensamientos. Bolívar desmiente en forma religiosísima, y con alegación de hechos muy patentes, las acusaciones de impiedad y sacrilegio con que a él y a sus tropas se había difamado, y pide la reparación justiciera que ello merecía. No podían los Gobernadores Eclesiásticos menos de acceder del modo más honorífico a tan noble reclamo. Es lástima que el Libertador en Bucaramanga olvidara esta pieza del proceso para, en un momento de inconsiderada jactancia, calificar de

farsa ridícula lo que, en todo caso, habría sido un canto suyo de palinodia!

Convencidos, con hechos, los Gobernadores del Arzobispado de Santafé, que Bolívar y el régimen republicano no eran enemigos de la Religión Católica, se apresuraron a declararlo.

EDICTO DE LOS GOBERNADORES DEL ARZOBISPADO

Nos los ciudadanos Juan Bautista Pey de Andrade, Arcediano, y José Domingo Duquesne, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Gobernadores de este Arzobispado, &.

A los fieles cristianos de la Diócesis, salud y paz en Jesucristo Nuestro Señor.

Una de las mayores calamidades que fatigan a nuestro siglo es el espíritu de mentira que altera y desfigura los sucesos, sin atender a la calidad de las personas ni a las circunstancias de los acontecimientos. Las noticias esparcidas hasta aquí sorprendieron de tal modo los ánimos en el asunto de esta guerra, que nos fue necesario formar el edicto de 3 del corriente, después de que el generoso pueblo de Cundinamarca resolvió y determinó la guerra defensiva, por cumplir con nuestra obligación, prefiriendo el temor de Dios a los respetos humanos y contingencias de la fortuna, teniendo presente el ejemplo de San Ambrosio con Teodosio el Grande, por su severidad en Tesalónica; lo que hicimos con el fin de mover al pueblo a la verdadera penitencia e implorar la misericordia de Dios por las

preces y oraciones de la Iglesia. Pero la misma guerra nos produjo el desengaño de aquellas erradas opiniones, y ha destruido enteramente el equivocado concepto sobre que procedíamos, y tenemos la complacencia de publicarlo a toda la Diócesis. Porque el Excelentísimo Señor General en Jefe *Simón Bolívar* ha dado pruebas evidentes de la más noble y sincera conducta, y ha hecho conocer que no solo resplandecen en su persona todos los talentos políticos y militares, sino también una bondad de ánimo y benevolencia de corazón en que brilla la clemencia y la humanidad. No se han ejecutado aquí en todo el progreso de la expedición por sus nobles oficiales y por su generoso y aguerrido ejército libertador las acciones que se decían; sino que, por el contrario, han manifestado toda moderación y equidad en todos sus procedimientos. En el mencionado edicto recordamos generalmente la excomunión impuesta por derecho para los casos que falsamente se decían, y debemos advertir a todos, que no han incurrido en ella, como que no han sido transgresores de las leyes de la Iglesia; y antes por el contrario, han dado todos manifiestas y sinceras pruebas de su religiosidad y piedad en la asistencia a los templos, respeto a las personas eclesiásticas, urbanidad y buen trato con todos. El Excelentísimo Señor General se ha dejado ver en el templo con toda la atención, modestia y religión debida, con que ha edificado a todos los asistentes, ha hecho demostraciones públicas y honoríficas de su estimación y aprecio hacia nuestras personas; y el bando que mandó publicar está lleno de todos los sentimientos de humanidad y grandeza de ánimo que corresponden a

su elevado carácter. Pero lo que es digno de toda nuestra estimación y eterno reconocimiento es la generosa propensión a la paz, en medio del mayor calor de la guerra, conduciéndose con el Excelentísimo Señor Presidente del Estado y terminando una guerra tan ardua, valiéndose Dios Nuestro Señor de estos dos ilustres jefes para que conociésemos sensiblemente que, en el mismo punto en que Su Majestad estaba más irritado contra nosotros, se acordó de su misericordia. Este altísimo beneficio nos asegura de su perpetuidad y debe obrar en todos la seguridad para que depongan enteramente la desconfianza, el terror y las preocupaciones, uniéndonos por un verdadero afecto de caridad fraternal, olvidando para siempre cualesquiera resentimientos, y absteniéndonos de todo lo que pueda turbar una paz tan preciosa, conseguida como por una especie de milagro, que exige de nosotros un eterno reconocimiento. Y propendiendo, como propendemos, a la deseada unión, anulamos y damos por de ningún valor y efecto el citado edicto de 3 del corriente, y mandamos que se recoja de cualquier parte donde se halle, y que no corra ni se propague. Y para que se destruya la discordia, enemiga de todo gobierno, y se aseguren todos en la paz conseguida, tributando a Dios Nuestro Señor las debidas gracias por tan alto y singular beneficio, ordenamos y mandamos que el domingo 18 del presente se cante en acción de gracias el *Te Deum* en todas las iglesias de esta capital a la hora de la Misa Mayor con la debida solemnidad, esperando que por este medio prospere Dios nuestras acciones. Y para que llegue a noticia de todos se fijará este Edicto en las puer-

tas de esta Santa Iglesia Catedral y demás lugares convenientes; y se comunicará a los venerables Curas de la Diócesis y reverendos Padres Prelados de las Religiones, y a los Monasterios, para su inteligencia y puntual cumplimiento.

Dado en la ciudad de Santafé en el Palacio Arzobispal, a 16 de diciembre de 1814.

Juan Bautista Pey de Andrade.

José Domingo Duquesne.

Ante mí

Gregorio Muñoz.
Notario.

Llamamos una vez más la atención sobre el hecho de que el primer edicto no constituyó un decreto de excomunión, sino una simple advertencia, en términos generales, a los fieles, sin siquiera intimación directa a los presuntos reos. Bien claro se expresa también en este pasaje del documento que acaba de leerse: "En el mencionado edicto recordamos generalmente la excomunión impuesta por derecho para los casos que falsamente se decían, y debemos advertir a todos que no han incurrido en ella, como que no han sido transgresores de las leyes de la Iglesia".

Tal fue, pues, el dramático episodio a que el Libertador se refirió en su paseo de digestión el 6 de junio de 1828 en Bucaramanga. El tal episodio no fue, en definitiva, sino una de tantas consecuencias de aquel sistema político-religioso con que España gobernó al Nuevo Mundo, sistema que no pudo menos de adop-

tarse en seguida por el régimen de la Emancipación, y que no ha dejado de continuar en vigencia hasta el presente, a pesar de los mil desgarrones que en beneficio de la "libertad de conciencia" ha venido sufriendo en el Mundo Bolivariano la clásica "unión del incensario con la espada de la ley".

Digamos de paso que los Dres. Pey y Duquesne, Gobernadores Eclesiásticos que figuran en los documentos arriba transcritos, pertenecieron después al número de los centenares de clérigos deportados por Morillo como desafectos a la causa del Rey, y formaron en la partida de los cuarenta y cuatro que en 11 de setiembre de 1816 expidió hacia Puerto Cabello al través de las provincias de Venezuela para de allí ser deportados a España.*

Y para cerrar esta glosa hagamos notar con cuánta sinrazón se han alegado alguna vez los efectos del edicto de marras como argumento contra el hecho de la última confesión del Libertador, ya que, por una parte, si hubiera habido tal excomunión en seguida fue revocada, y, por otra parte, la verdad es, como se ha visto, que la tal excomunión no se fulminó.

Por lo cual debe concluirse que el Libertador, tanto en su carta a los Gobernadores del Arzobispado como en su conversación de Bucaramanga, le dio demasiada

---

* Llegaron, en efecto, al Puerto, pero no todos fueron embarcados. Entre los que quedaron en los calabozos de esta plaza se contó el Dr. Duquesne "que—dice Groot en su *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*—con el indulto pasó a Caracas, donde fue perfectamente bien atendido por el Cabildo Eclesiástico".

amplitud al dicho documento y no anduvo muy puesto en razón, sino antes bien harto fuera de lo justo, al sacarlo a relucir aquella tarde como ejemplo de ciego fanatismo. Resultaría, en fin de cuentas, que él mismo habría tenido que rendirse a las imposiciones de aquel extraviado sentimiento. Ninguna evocación de suceso podía ser, por tanto, menos afortunada en pro del nulo efecto de las "descomulgaciones", pues, en aquel caso ni se "aumentó su ridículo", ni se "mostró su impotencia", ni en manera alguna se probó que mereciera "desprecio", desde luego que el Caudillo sobre quien el pretenso *fulmino* parecía recaer tuvo, aun victorioso, que doblar la cerviz y pedir con toda reverencia, arguyendo con sus actos de probada religiosidad, un justo desagravio que repusiese su "opinión a los ojos de la multitud". O ¿habremos de decir que Bolívar aprovechaba ahora la oportunidad para desahogar en los oídos de Peru de Lacroix un despecho viejo de catorce años?... Son las consecuencias de haberse puesto a recojer, tal vez con intención aviesa, arranques de irreflexión que nada significan para apreciar en toda su excelencia el verdadero pensamiento de quien los soltaba.

De todos modos, no es el caso de que, por ese descomedimento y descuido de memoria de *Don Simón* en sus pláticas de sobremesa, hayamos de librarle un despacho de incrédulo a carta cabal.

TERCERA GLOSA

PRACTICAS RELIGIOSAS DEL LIBERTADOR

5 de octubre de 1932.

TERCERA GLOSA

PRACTICAS RELIGIOSAS DEL LIBERTADOR

Entre las notas más interesantes que nos ofrece Peru de Lacroix en su famoso *Diario,* se destaca la de la puntualidad con que el Libertador cumplía con el precepto de oír Misa los Domingos y fiestas de guardar. En la apuntación del día 11 de mayo de 1828 lo declara categóricamente en esta forma:

"Desde que se halla en Bucaramanga, no ha faltado un día de fiesta en ir a la Iglesia, y el Cura tiene destinado a un padrecito mui espedito para decir la Misa a que asiste S. E.[1] No hay hora fija para ella; antes o después del almuerzo, según quiera el Libertador; y aquella Misa es siempre mui concurrida, porque

[1] Según las memorias locales de Bucaramanga, recogidas por el Dr. Martín Carvajal en una interesantísima conferencia que leyó en el Centro de Historia de Santander el 20 de julio de 1932, y fue publicada en la revista "Estudio", órgano del mismo Centro, n. 12, ese "padrecito" era el Dr. José María Valenzuela, hermano del Cura Dr. Eloy, y su perpetuo compañero en las faenas del sagrado ministerio. Cuanto a la hora de asistencia a la Misa, téngase presente que entonces se almorzaba muy temprano, pues la comida era a las tres de la tarde.

todos quieren ver a S. E., y vienen muchos campesinos con aquel único objeto".

Si sacamos, pues, la cuenta, tendremos que Bolívar, además de las festividades intermedias, fue a Misa en Bucaramanga los Domingos 6 (Resurrección), 13, 20 y 27 de Abril, correspondientes al tiempo que abarca la Primera Parte del *Diario,* y los Domingos 4, 11, 18 y 25 (Pentecostés) de Mayo, y 1º (Santísima Trinidad) y 8 de Junio, correspondientes a la Segunda Parte. Por todo, diez Domingos seguidos.

Copiemos las particularidades que acerca de algunas de esas ocasiones dejó consignadas el diligente apuntador:

11 de Mayo.—"Hoy Domingo el Libertador fue solo a Misa, contra su ordinario, porque siempre nos mandaba a llamar para acompañarlo cuando no estabamos en su casa. Desde que se halla en Bucaramanga &., *ut supra.*—Después del medio día y antes de la comida vino S. E. en casa del Jral. Soublette donde estabamos todos reunidos; se puso en un hamaca que estaba en medio de la sala que sirve de pieza de despacho, y se paso (puso?) a conversar con muy buen humor y mucha familiaridad. Se quejo de lo largo que habia sido la Misa, como para excusarse de no haberme (habernos?) enviado a llamar para acompañarlo" [2].

[2] No está demás advertir (ya que en todas las copias impresas aparece lo mismo) que en el encabezamiento de este capítulo se equivocó Lacroix poniendo *cuentos en la misa,* en lugar de *cuentos en la mesa,* que era lo que correspondía, como salta a la vista al leer el texto, donde ese punto del sumario se adapta al tiempo de la comida, en que el Libertador contó varias interesantes historietas, animado de un buen humor que le

18 de Mayo.—"Esta mañana asistimos todos a Misa con el Libertador, que desde la víspera había mandado a decir al Cura que le hiciera preparar el Coro para él y su comitiva: allí fuimos solos, bien desahogados y con mucho menos calor que la que habíamos sufrido en la Iglesia".

24 de Mayo.—"Despues de la comida fuimos a pasear a caballo con el Libertador, y por la noche hubo el constante tresillo hasta las once y media. Al retirarse para su cuarto S. E. nos dijo que mañana no iria para Rionegro, como lo habia pensado, pero que el lunes o el martes, sin falta, se pondria en camino: que mañana era Domingo y que nos aguardaba temprano para ir a Misa".

25 de Mayo.—"El Libertador quiso esta mañana almorzar temprano, y después fuimos todos a Misa con él, colocándonos, como el Domingo anterior, arriba en el Coro donde el Cura había mandado situar nuestros asientos: la Iglesia estaba llena. Al momento de alzar, una mujer cayó desmayada y las que la rodeaban se afanaron de tal suerte que en un instante el temor fue jeneral entre todos los fieles; un bullicio espantoso se armó en el templo y todo el populacho se precipitó hacia la puerta para salir, creyendo que el motivo del desorden era un temblor. Desde el Coro vimos el tu-

---

acompañó "durante toda la mesa". Como el mencionado sumario comienza anunciando la *Misa del Domingo,* fácilmente pudo Lacroix poner unas líneas después "misa" en vez de "mesa". Pero conviene llamar sobre ello la atención, no sea que alguien venga también a servirnos la patraña de que el Libertador iba a Misa a contar cuentos.

multo sin conocer su causa, y creímos igualmente que la tierra había temblado, lo que nos hizo espontáneamente correr hacia la escalera; pero, viendo que el Libertador no se había movido y quedaba quieto en su lugar, volvimos a ponernos a su lado. El Padre que celebraba no abandonó el altar donde había quedado solo, y continuó su Misa tan luego como vio que volvían a entrar los que el miedo había hecho salir. S. E. estuvo leyendo todo aquel tiempo sin decir una palabra a nadie; sino al haber enviado al Coronel Ferguson para informarse del verdadero motivo del alboroto. Antes que entrar en la Iglesia el Libertador había pasado donde el Dr. Valenzuela, y tomado en su mesa un tomo de la Biblioteca Americana que fue el que leyó.

"Aquel acontecimiento singular fue sin embargo de naturaleza a dar un primer movimiento de espanto al más valiente: el Libertador no se conmovió; quedó calmo y su serenidad nos dio a todos una especie de vergüenza; porque todos nos habíamos levantado para huir de la Iglesia como los demás. S. E. vio en nuestros semblantes nuestra vergüenza, y ha tenido la delicadeza de no decir una sola palabra sobre dicho suceso, ni tampoco en tono de chanza. Cuando su Edecán volvió para informarlo del motivo, lo oyó callado y no le contestó. Este rasgo es característico; ayuda en hacer conocer al Libertador, por lo mismo he debido relatarlo".

1º de Junio.—"Hoy ha sido día de Misa y el Libertador nos hizo ir con él para oirla antes de almorzar".

Y para que conste que aun en "las festividades intermedias" iba el Libertador a Misa, traigamos a

colación las primeras líneas del *Diario* correspondientes al 15 de mayo. Son éstas: "Acabado el almuerzo todos acompañamos a Misa al Libertador, y después fuimos con él a pasar un rato donde el Cura". Pues bien, ese 15 de mayo no fue domingo sino jueves, pero sí fue día festivo, *Jueves de la Ascensión.*

Huelgan comentarios en presencia de hechos tan perspicuos. El Libertador cumplía fielmente con el precepto eclesiástico de la Misa. Y no hay que andarle buscando razones torcidas a cosas practicadas con tanta naturalidad y tan ingenuamente referidas. No se estaba allí en Bogotá, donde pudiera el caso tergiversarse atribuyéndolo malignamente a comedia de religiosidad para mantenerse ganada la devota gente santafereña. Bucaramanga debía ser por aquellos días un campamento, y no sería para edificar a sus soldados ni para exhibirse ante los campesinos de los contornos, que el Libertador hubiera de tomarse aquellas molestias de buen padre de familia para asistir él mismo y hacer que su séquito asistiera dominicalmente a la celebración del Santo Sacrificio. Ni hay que echar en olvido que no se estaba todavía en la época de la famosa política resueltamente "clerical" del Libertador, esa época de los "decretos reaccionarios" que tanto escuece a muchos y la cual no se abrió sino después del célebre atentado de 25 de setiembre de 1828. Pero sí hay que glosar un poco respecto de ciertas circunstancias.

*

¿Cómo se portaba el Libertador durante la Misa? Hé aquí la respuesta de Peru de Lacroix, en su página

sobre el "jenio, carácter, usos y costumbres del Libertador", bajo la fecha de 29 de Mayo:

"En la Iglesia se mantiene con mucha decencia y respeto, y no permite que los que van con él se aparten de aquella regla. Un día notó que su médico el Dr. Moor, estando sentado tenía una pierna encima de la otra, y le hizo decir con un Edecán que era indecente el cruzar las piernas en la Iglesia y que viera cómo él tenía las suyas: lo que S. E. ignora, estando a Misa es cuando debe ponerse de rodillas, tenerse en pie y sentarse: nunca se persina: algunas veces habla con el que está a su lado, pero poco y muy pasito".

Nada hay en esos rasgos que pueda tacharse de irreverencia y sí algo de muy ejemplar, esto es, lo del recado al Dr. Moore. Cuanto a la ignorancia de los momentos de arrodillarse, estar de pie y sentarse, no son pocos los hombres que yendo a Misa con devoción, andan también, sin embargo, atrasados de noticias sobre lo mismo. Aunque bien puede admitirse su pizca de exageración en lo absoluto del aserto, pues claro está que Bolívar no era tan novicio que digamos en eso de oír Misa; y, si no se *persinaba,* por lo menos se santiguaría cuando el padrecito de marras echaba la bendición.

Lo que ha dado más lugar a maliciosos comentos es el caso de la lectura que el Libertador hizo en la Misa del Domingo 25 de Mayo, cuando ocurrió el alboroto que tanto asustó a sus acompañantes. Se ha llevado la predisposición hasta el punto de generalizar un dato que por todo el contexto del *Diario* se ve que no se observó sino una sola vez, y sobre todo se ha signifi-

cado la mala intención al echar a volar el cuento de que Bolívar se ocupaba durante la Misa en leer a Voltaire. Por fortuna, Peru de Lacroix tuvo el cuidado de mencionar el libro e indicar la procedencia: "Antes de entrar a la Iglesia el Libertador había pasado por donde el Dr. Valenzuela, y tomado de su mesa un tomo de la *Biblioteca Americana* que fue el que leyó". Era esa una de las dos revistas literarias y científicas (siendo la otra *El Repertorio Americano*) redactadas en Londres por D. Andrés Bello, y en las cuales se hablaba a menudo de los asuntos de Colombia y del Libertador. Ello explica fácilmente que éste se interesara al ver aquella publicación y, llevándola consigo, se pusiese a leerla mientras pasaba el incidente del falso temblor. Nótese, en efecto, que el texto de Peru de Lacroix se refiere taxativamente al tiempo que duró el tumulto (*S. E. estuvo leyendo todo aquel tiempo*) y adviértase además que en ninguno de los otros días de Misa y tampoco en el pasaje arriba copiado acerca de la conducta del Libertador en la Iglesia, el Coronel Lacroix hace la menor mención (antes bien deja suponer lo contrario) de que Su Excelencia se empleara durante el sagrado acto en ninguna clase de lectura. La fábula de que se trataba de Voltaire no proviene sino de que, al continuar Peru de Lacroix refiriéndose al genio & del Libertador, señala al de Ferney como su autor favorito. Pero eso no autoriza al comentador honrado para trocar los términos y ponerse a acreditar una conseja verdaderamente indigna, por la manía de darnos a tragar un Bolívar despreocupado e irreligioso hasta el escarnio.

Hay que rechazar, pues, por completo la versión de que Bolívar fuese de propósito a Misa los Domingos en Bucaramanga a entretenerse en lecturas profanas, y sobre todo hay que reprobar con indignación la calumnia de que los libros escogidos para tal fin fuesen los de Voltaire, ofendiéndose así el altísimo decoro de aquel varón estupendo que se conducía y obligaba a sus subalternos a conducirse en todo lugar con los debidos miramientos, hasta el punto de reprender a la vista de todos a su médico, como por grave falta de respeto al lugar santo, por estar sentado en el templo con las piernas cruzadas. En cambio, no nos cansemos de admirar aquella olímpica serenidad con que él solo, junto con el padrecito celebrante, se mantuvo imperturbable en su sitio cuando, en el momento más solemne de la Misa, ocurrió el tremendo bullicio que puso en fuga a los que le rodeaban, ya que, al decir de Peru de Lacroix, fue "de naturaleza a dar un primer movimiento de espanto al más valiente". Tal vez quiso el Libertador en esa coyuntura dar muestra de aquella maravillosa impavidez que el Venusino supo celebrar como propia del varón justo y constante:

Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae [3].

Algo de eso había ya manifestado en Caracas cuando el terremoto de 26 de Marzo de 1812.

Digamos también una palabra de otra fiesta religiosa celebrada en aquellos días: la de *Corpus,* que cayó

[3] Si despedazado se desplomara el superior orbe, le herirían sin sobresalto sus ruinas. (*Horacio,* Oda III, L. III).

el 5 de Junio. Es cierto que el Libertador se eximió de la Misa en la circunstancia, para no verse obligado a ir en la procesión (tal vez a causa de lo largo de esta ceremonia o por la incomodidad que hubiera de ocasionarle un aparatoso exhibicionismo), pero también es verdad que de algún modo satisfizo a la devoción del día, asistiendo privadamente a los solemnes actos, como consta de las siguientes líneas tan ingenuas como reverentes de Peru de Lacroix:

"Hoy día de *Corpus,* el Libertador no quiso ir a Misa para evitar de ir a la procesión; pero nos llevó a todos para visitar los altares construidos en las calles y aquella santa visita nos sirvió de paseo; después fuimos donde el Dr. Valenzuela a ver pasar la procesión".

Basta, pues, con lo dicho para comprobar que el Libertador guardaba con afecto las tradiciones religiosas de su educación de familia, y esa solícita observancia del precepto de la Misa en los domingos y fiestas, como la de cualquier devoto feligrés, vale más que todas las humoradas filosóficas que en sus charlas de sobremesa pudieran escapársele. Por lo cual, con mucha razón Marius André, alegando el pasaje del *Diario de Bucaramanga* que al principio de esta glosa citamos, ha dejado escrito en su *Bolivar et la Démocratie* que si en su Constitución Bolívar omitió la cuestión religiosa, no lo hizo "por indiferencia y todavía menos por hostilidad, pues él era católico práctico".

CUARTA GLOSA

FILOSOFIAS Y APRECIACIONES RELIGIOSAS DEL LIBERTADOR

13 de octubre de 1932.

CUARTA GLOSA

FILOSOFIAS Y APRECIACIONES RELIGIOSAS DEL LIBERTADOR

Nada tiene de particular que en las pláticas del Libertador a que nos venimos refiriendo, saltase de vez en cuando el tema religioso. Dondequiera que se juntan hombres más o menos leídos, sobre todo si anda cerca una sotana, ese tema surge obligadamente y cada cual exterioriza conceptos, ya exactos ya desatinados, respecto de él. Las dos circunstancias se daban en Bucaramanga, ya que aquellos señores nada tenían de intonsos (siquiera no fuesen lumbreras en materias filosóficas), y la sotana a cada rato se mostraba por ahí, puesto que los Curas de la villa y circunvecinos son las únicas personas que aparecen en el *Diario* colmando de atenciones y agasajos al Padre de la Patria.

Peru de Lacroix indica, pues, en el sumario correspondiente al 30 de abril de 1828 *(Primera Parte)* una apuntación tocante a *Preguntas de S. E. sobre ideas religiosas* y *Observaciones irónicas de S. E.;* y en va-

rios lugares de la narración salvada que estamos glosando se vuelve sobre el socorrido tópico. Veamos qué se saca en claro de aquellos razonamientos.

*

El día 17 de mayo, después de comer, el Libertador, en lugar de salir a su ordinario paseo se echó en la hamaca y, habiéndose quedado solo con el Coronel Lacroix, se puso a disertar de "materias filosóficas rodando sobre el sistema del alma" y "S. E. dijo que los filósofos de la antigüedad habían divagado todo a su gusto sobre ella, y que muchos modernos los habían imitados".

"Yo, continuó, no me gusta entrar en aquella metafísica que descansa sobre unas bases falsas; me basta saber y estar convencido que el alma tiene la facultad de sentir , es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre dijo, tiene un cuerpo material y una intelijencia representada por el celebro igualmente material, y según el estado actual de la siencia, no se considera la intelijencia sino como una secreción del celebro: llamose pues este producto, alma, intelijencia, espíritu, poco importa, ni hay que disputar sobre esto; para mí la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la *contractalidad,* que es una facultad del *cuerpo material;* y de la *sensibilidad,* que es una facultad del celebro o *de la intelijencia:* cesa la vida cuando cesa aquella unión: el celebro muere con el cuerpo, y muerto el celebro no hay más secresión de intelijencia:

saca pues de allí en materia de Eliseo y de Tenaro o Tártaro *(sic);* y mis ideas sobre todas las funciones [1] sagradas, que ocupan todavía tanto a los mortales". —Esta filosofía señor, dije al Libertador, es muy elevada y no veo muchos hombres en este país capaces de subir hasta ella.—"El tiempo, mi amigo, replicó S. E., la ilustración, las despreocupaciones que viene con ella, y una cierta disposición en la intelijencia irán poco a poco iniciando a mis paisanos en las cosas naturales quitandoles aquellas ideas y gusto para las sobrenaturales".

Y bien? Esta disertación, en cuanto al origen y formación de las ideas, está (aparte cierta inexactitud en los términos) en perfecto acuerdo con la doctrina escolástica al respecto, la cual no admite la teoría de las ideas innatas y rechaza, por consiguiente, el concepto cartesiano de que el alma es esencialmente pensante. Cuanto al compuesto humano, la doctrina fundamental en la materia está ahí expuesta, aunque algo maltratada en la explanación, ya que si esa secreción del cerebro que se da por la otra parte de dicho compuesto fuera también material, no habría para qué establecer distinción de elementos constitutivos del hombre. Todo el embrollo de ese pasaje no proviene sino de la dificultad de explicar el fenómeno de la vida intelectiva, y aquello de los dos principios: la *contractilidad* para lo corpóreo, y la *sensibilidad* para lo espiritual, es en fin

---

[1] En la libre traducción, más bien que copia fiel, de *Cornelio Hispano,* se altera aquí la palabra: léese "ficciones", en vez de "funciones".

de cuentas el reflejo algo confuso de la enseñanza clásica del cerebro como órgano del apetito sensitivo y excitador del intelecto, por medio de los fantasmas, para el ejercicio de la actividad pensante. Pero Bolívar no era un Profesor de Filosofía, ni su hamaca una cátedra de La Sorbona, ni sus conceptos podían ostentar toda la precisión y claridad propias de los hombres especializados en esos estudios: él discurría de acuerdo con la impresión que le dejaran sus lecturas, y ya es mucho que sus palabras, sometidas al crisol de una crítica discreta, ni acusen herejías filosóficas ni contengan adefesios dogmáticos. Pretender, en efecto, darle un sentido de crudo materialismo a esas expresiones, es llevar la interpretación demasiado lejos, pues basta con que sea cierto, como lo es, que al romperse con la muerte la unión entre el cuerpo y el alma, cesan las funciones del cerebro y concluye la actividad psíquica del sujeto; y, por otra parte, si hay algo bien manifiesto en la vida y persona del Libertador, es su culto de un ideal trascendente que está por completo fuera de la mezquina finalidad materialista. Lo del Elíseo y del Ténaro o Tártaro va con los "filósofos de la antigüedad", con las fábulas de la mitología, y muy de notar es que el Libertador, en ese coloquio de solo a solo con Lacroix, no lanzara ninguna saeta contra el dogma cristiano de la otra vida con los premios y castigos consiguientes. El comentario lisonjero de Peru y las engreídas frases finales de Bolívar, son cosa muy corriente en esta clase de pláticas, y los hombres que blasonan de ilustrados siempre tienen de esos cariñitos para el común de los mortales.

*

Pero hay otra página del *Diario de Bucaramanga* a la cual ya antes nos hemos referido, que conviene ahora seguir glosando aquí. Es la que corresponde a la conversación del paseo vespertino de 6 de junio de 1828. Vamos a transcribirla íntegra, pero alertamos desde luego al lector para que advierta la contradicción que reina entre la primera parte y la última, la cual modifica grandemente ante el buen sentido la dureza de ciertas apreciaciones y deja mucho lugar a una interpretación razonable del pensamiento del Libertador. Dice, pues, Peru de Lacroix:

"Después de comer fuimos a dar un paseo por las calles y entramos por casualidad en la iglesia, en medio de la cual había un anjelito muy bien vestido y adornado con muchas flores [2]. S. E. quedó algunos instantes a mirar aquel niñito que la muerte había cegado tan

---

[2] Se trata del entierro de un pequeñuelo. Esa designación de "angelito" era la entonces consagrada para esta clase de cadáveres, y perduró como general por mucho tiempo más. Todavía subsiste en algunas partes.

Por cierto que podemos dar hasta el nombre del "angelito" en cuestión, que también nos lo ofrece el Dr. Martin Carvajal en su ya citada conferencia: "El angelito se llamaba 'el párvulo Antonio Almeida', como consta de la partida de defunción asentada con otras por el párroco con toda precisión". Asimismo nos dice el diserto conferencista que todavía existen en la iglesia de Los Dolores una mala copia de la Virgen de Chiquinquirá y un cuadro de San José, que se contaban entre las pésimas pinturas que dieron lugar a la diatriba en que rompió luego el Libertador.

temprano, y luego se puso a observar algunos cuadros de Santos y Santas y a criticar la pintura que efectivamente es todo lo que puede haber de peor y dijo: "Lo que es el pueblo; su credulidad e ignorancia hace de los cristianos una secta de idolatros: echamos contra los paganos porque adoraban unas estatuas, y nosotros ¿qué hacemos; no adoramos igualmente algunos pedazos de piedras, de madera groseramente escultados y algunos retazos de lienzo muy mal embadurnados, como aquellos que acabamos de ver y como la tan reputada virjen de Chiquinquira que es la pintura la mas fea que haya visto, y quizas la mas reverenciada del Mundo y la que mas dinero produce? ¡Ah sacerdotes hipócritas o ignorantes! en estas dos clases los pongo todos: si estan en la primera ¿por que el pueblo se deja dirigir por unos embusteros? y si estan en la segunda ¿por que se deja conducir por unas bestias? Conozco a muchos que me han dicho: *soy filosofo por mi solo ó por unos pocos amigos y sacerdote para el bulgo.* Profesando tales máximas, digo yo que dejan de ser filósofos, y son unos charlatanes". Continuo S. E. diciendo que el estado actual de las luces dejaba a muy pocos engañados sobre aquellas materias, y que tampoco entre hombres racionales no se discutia mas en el dia sobre principios, dogmas y misterios cuyo principal cimiento era reconocido falso, y que por lo mismo se sabian que eran hijos de la impostura asi como la base sobre la cual los habian edificado".

Vamos por partes.

Respecto de la crítica del valor artístico de los cuadros vistos en la iglesia, nada hay objetable. Hoy mismo

es preciso hacer a menudo advertencias sobre el particular y la Iglesia es la primera en dictar normas para que se evite toda deformidad al respecto. Que la gente, sin embargo, por motivo de una antigua devoción, se apegue al culto de tal o cual efigie que deje algo y aun mucho que desear a los ojos del artista o del hombre de gusto refinado, es cosa inevitable y a la verdad poco digna de reproche.

Menos pasable es la reflexión acerca del culto general de las imágenes; pero creemos que en ello no hubo sino demasía de palabra, sin formal propósito de atacar la doctrina misma. Bolívar no era un iconoclasta, ni podía ser tan radical en la materia quien llevaba siempre consigo el cuadro de la Santísima Trinidad, que era su devoción de familia.

Lo de la Virgen de Chiquinquirá bien puede haber sido el eco de hablillas comunes respecto de la afluencia de ofrendas pecuniarias al reputado Santuario. Ya se sabe que en todo tiempo ha habido lugar a esta clase de comentarios, unas veces con fundamento y otras por pura malignidad, en torno de los sitios célebres de devoción, y la Iglesia con no menos frecuencia ha tratado de poner coto (a causa, acaba de decirlo Roma una vez más, de la apariencia de torpe lucro y de la agudeza de los prejuicios contra las funciones del culto) a los abusos que en la materia fácilmente se prestan a introducirse.

Cuanto a la diatriba en obsequio de los sacerdotes [3],

[3] Lícito es sospechar que en este pasaje se le fuera la mano a Peru de Lacroix y pusiera mucho de *lo suyo* al redactar la apuntación. No parece probable que S. E. se expresara en tér-

menester es admitir que tiene sus bemoles, pero juzgamos que su principal falta consiste en que el Libertador se dejó arrastrar por esa fácil tendencia a generalizar, achacando a toda una clase lo que no es aplicable sino a algunos de sus individuos. Aquellas dos categorías en que los engloba a *todos,* encierran mucho de arbitrario y ya vamos a ver cómo él mismo rectifica del modo más categórico su afirmación. Bolívar hubo de encontrarse, por otra parte, durante el curso de su titánica faena, con clérigos de toda calaña, y nada tiene de asombroso que algunos de ellos le dejaran en el ánimo una impresión harto desfavorable [4]. Sobre el es-

---

minos así de agrios cuando vivía en trato tan cordial y asiduo con el Cura de Bucaramanga y, sobre todo, se hace cuesta arriba creer que hubiese habido sacerdotes capaces de exhibir tamaño desparpajo y falta de decoro hablando con el Libertador. Bolívar les habría dado en seguida su merecido. Eso huele a clérigos *constitucionales* de la Revolución Francesa.

[4] Respecto de la ignorancia y condición moral de muchos, baste recordar estas pinceladas del Dr. D. Fernando Caicedo y Flores, Provisor y futuro Arzobispo de Bogotá, en su Memorial al Congreso de 1823 sobre creación de un Seminario:

"Serviría también el Colegio para recluir y corregir a los eclesiásticos delincuentes (*idea bien poco feliz*) que por desgracia los hay en bastante número. Allí pueden corregir sus defectos, aprender sus obligaciones y edificar con su ejemplo *(zape!)* a los otros seminaristas, con lo que no se verá el Gobierno Eclesiástico en la dura necesidad de mandarlos, como hasta ahora se ha hecho, a los conventos de regulares, cuyos prelados con razón repugnan recibir en sus claustros a semejantes sujetos, ni a experimentar la turbación en la disciplina monástica, que por lo regular se teme con esta clase de huéspedes, sin que sea necesario tampoco ponerlos, como con muchos se ha hecho, en la cárcel pública, con vilipendio e ignominia del estado sacerdotal.

paldarazo final de la diatriba, nos remitimos a nuestra conclusión anterior con motivo de los razonamientos filosóficos de Su Excelencia. Pero hagamos además notar lo vago de aquellas expresiones, y cómo no se puede denunciar en ellas una embestida directa contra los artículos sacrosantos de la fe cristiana.

Sigamos leyendo a Peru de Lacroix:

"Pero ¡que imprudencia todavia por parte de nuestros charlatanes sagrados!" (Aquí sigue lo de la pretensa excomunión del año 14, que dio margen a nuestra segunda glosa, y luego continúa el texto así):

"Comienzan los exámenes sinodales, presentándose muchos que desde que recibieron el sacerdocio les parece han llegado ya al colmo de la felicidad, y entregados a la vida ociosa o tal vez disipada, abandonan los libros y en lo que menos piensan es en el estudio. Estos, pues, se presentan al sinodo, y como es regular, lo hacen malisimamente en el examen, salen réprobos, y el prelado, o su provisor se ve, por falta de un seminario tal como os lo propongo, se ve, digo, necesitado a hacerlos volver otra vez a su curato.

"Si se presentan al santo estado del sacerdocio y mucho peor al ministerio de curas, hombres ignorantes y faltos de la enseñanza y educación que debe saber un buen sacerdote y párroco, son incalculables los males que de eso se seguirían. No vemos otra cosa, señores, todos los días, con sumo dolor de nuestro corazón, que pretender órdenes y aun parroquias, una caterva de jóvenes (y entre ellos muchos de bien adelantada edad) que dejan de las manos el fusil, si son soldados, y si no lo son, porque no se lo pongan en ellas, temiendo el rigor y fatigas de la carrera militar. Otros apenas acaban de soltar de las manos el arado y la azada, cuando pretenden el ministerio sacerdotal, y toman en ellas el breviario y el misal sin entenderlos. Muchos, desnudándose del alpargata y de la ruana, al día siguiente los vemos vestidos con la sotana y el manteo".

"El Libertador prosiguio diciendo que todo esto lo decía como filósofo [3] y que tales eran sus ideas como hombre; pero que como ciudadano respetaba las opiniones recibidas, y como jefe del Estado habia siempre protejido y siempre preferia la relijion catolica que es puede decirse no solo dominante sino universal en Colombia: que entre sus ministros habia, como en todos paises, de muy buenos, de mediocres y de muy malos; que estos últimos se encontraban particularmente entre los frailes y algunos curas: que en el alto clero habia buena moral, buenos ejemplos y virtudes, que la desmoralizacion estaba relegada en el clero bajo y principalmente en los conventos de hombres; que en los de monjas solo se hallaban pureza, virtudes y buena moral. S. E. continuo diciendo: "El arzobispo de Bogota, el Sor. Caicedo, es un Santo Varon; es un viejo patriota, un hombre de excelentes y sencillas costumbres: es persuadido de la verdad de su relijion, habla de ella con buena fe y sin hipocresia: lo mismo sucede con el Arzobispo de Caracas Dr. Mendez; este es ademas un valiente; con nosotros ha hecho la guerra en los llanos y la patria le debe grandes servicios: ambos tienen conocimientos y erudicion teolojicos; pero allí se limita su ciencia".

---

[3] La *traducción* cornelio-hispanense, que en todo este relato procede con libertad excesiva, recortando y ampliando frases y aun suprimiendo conceptos, cambia aquí el término "filósofo" por el de "pensador", y luego pone "protegería" en lugar de "preferia". Más abajo transforma "conocimientos" en "convicciones".

Aunque así fuera, decimos nosotros, eso les bastaba para ser dignos del más alto elogio.

Como se ve, pues, esta parte de la disertación constituye una verdadera recogida de velas respecto de la parte anterior. Desde luego, casi podría decirse que el Libertador confiesa incurrir en la misma falta que achacaba a los clérigos de marras, de ser "unos charlatanes" por decirse "filósofos para sí solos y sacerdotes para el vulgo", pues él también habla de su pensar como filósofo y hombre y de su proceder como ciudadano. Pero, sobre todo, hay que apreciar ese noble testimonio de alabanza a la Religión Católica y el brillante elogio tributado a sus conspicuos representantes, óptimos ministros y ejemplares religiosas. Resulta, por ende, que además de aquellos *todos* que englobaba en las dos clases atrás enunciadas (de "hipócritas o ignorantes") reconocía él otra categoría, nada escasa por cierto, resplandeciente de "buena moral, pureza, buenos ejemplos y virtudes". ¿Qué importa, después de eso, que lanzara invectivas en las cuales pareciera quedar comprendido *todo* el estado eclesiástico? Nadie, repetimos, va a pretender a estas horas que no hubiese numerosos sujetos indeseables en el clero de aquellos días de tanta relajación de la disciplina canónica. De manera, pues, que tenemos que quedar en que los consabidos improperios (si es que literalmente así se expresó el Libertador) deben ser tomados con su grano de sal y, a pesar de toda su odiosa apariencia, entenderse sólo de una filípica contra ciertos abusos y corruptelas muy chocantes y para nadie excusables.

Lo que sí se nos hace sobremanera difícil de explicar es la apreciación acerca de los Obispos de Mérida y Popayán con la cual termina la página del *Diario* que estamos glosando. Héla aquí:

"Los obispos de Merida y Popayan Sres. Lazo y Jimenes son hombres de diferentes categorias, el ultimo ha servido a su Rey haciendo atrocidades en Colombia; es el criminal autor de toda la sangre que há corrido en Pasto y en el Cauca; es un hombre abominable y un indigno ministro de una relijion de paz; la humanidad debe proscribirlo. el primero no se ha manchado con tales horrores; no es un criminal que rechazan los hombres aunque haya tenido delitos para con el Gobierno de la República. Ambos son hipocritas y sin fe".

¿Qué motivó esos conceptos tan acerbos del Libertador sobre dos personajes con quienes se había hallado en tan buenos términos, a quienes había dado mil muestras de exquisita deferencia y de quienes recibía las manifestaciones más elevadas de honor, respeto y admiración? Eso no puede haber sido, en todo caso, sino efecto de uno de aquellos violentos estallidos de cólera, de que habla Lacroix, ocasionado por alguna contrariedad que le estuviera entonces dominando. Respecto del Obispo de Mérida, podría tenerse en cuenta que pocos días antes (el 31 de mayo) el Libertador habíale hecho oficiar en forma destemplada con motivo del favor que prestara a ciertos individuos no gratos al Gobierno, y quizás le duraba aún la rabieta. Dice, en efecto, el *Diario:*

"Hizo (el Libertador) oficiar igualmente al Sor. Obispo de Merida reprendiendole fuertemente por haberse mesclado en algunos negocios politicos en Maracaybo, haciendole ver que las personas que ha protejido son individuos partidarios de los Españoles y por lo mismo enemigos de la independencia y del Gobierno de la Republica: que en ningun tiempo habian tomado el menor interes en los asuntos del pais, y que por lo mismo el Poder Ejecutivo no podia menos sino mirarlos como unos malos ciudadanos y como individuos peligrosos".

Cuanto al Obispo de Popayán, después de las célebres paces hechas en junio de 1822, no aparece ningún motivo de animosidad entre los dos personajes, aunque en dos cartas de agosto del mismo año, de Bolívar a Santander, se leen frases poco amistosas para el Sr. Jiménez, pero quizás debidas tan solo al anhelo de desembarazarse de alguna impertinencia del Vice-Presidente. Si el Libertador dijo, pues, algo de lo que le atribuye Lacroix, fue probablemente refiriéndose a la conducta del Obispo anterior a dichas paces. (Tal vez habría también algún resquemor por igual causa en lo concerniente al Sr. Lasso).

Es digno de atención, sin embargo, que también en otro lugar del *Diario* se asevera haber mencionado con ira el Libertador al Obispo de Popayán, en una terrible diatriba contra los Coroneles Hilario López y José María Obando. En efecto, el día 14 de mayo dice Lacroix que a esta pregunta del Coronel O'Leary: "¿Y qué será entonces, señor, su grande amigo (de López) el Coronel José María Obando?" Bolívar contestó:

"Más malvado que López, peor si es posible. Es un asesino con más valor que el otro; un bandolero audaz y cruel; un verdugo asqueroso y un tigre feroz, no saciado todavía con toda la sangre Colombiana que ha derramado. Por último, son dos forajidos que deshonran, lo conozco, el ejército a que pertenecen y las insignias que llevan: son dos monstruos que preparan nuevos días de luto y de sangre a Colombia, en compañía con su digno amigo el Obispo de Popayán".

El Padre Leturia, en su precioso libro *La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII,* pág. 236, nota 46, con motivo de una bella carta en pro del Libertador, dirigida en 1828 por el Obispo de Popayán a Obando, quien le había tachado de *bendito* por creer a Bolívar un "apóstol de la religión" cuando no era sino un filósofo y librepensador, hace referencia al pasaje del 6 de junio del *Diario de Bucaramanga,* y concluye así:

"La *redacción* de este trozo está en pugna con todos los documentos y expresiones de Bolívar que conocemos de este tiempo; y aun la sustancia de sus ideas, es a nuestro entender muy sospechosa. Si alguien con todo se aferra en defender su autenticidad, habrá de confesar, comparando este pasaje con el de Jiménez, que esta vez fue más caballero el Obispo que el Libertador" [6].

---

[6] Hé aquí, en efecto, el pasaje de Jiménez:

"No sé quién haya llamado al general Bolívar *el apóstol de la religión.* Alguna vez he dicho que él la protege, y para ello tengo varios fundamentos aun en mí mismo: usted sabe que en Pasto, sin embargo de haberle hecho yo la mayor guerra en el modo que mi estado me lo permitía, olvidando todos sus senti-

Nosotros nos quedamos con el concepto favorable a Bolívar, y preferimos imputar el desaguisado a Peru de Lacroix, quien tal vez quiso zurdamente más tarde envolver al Obispo de Popayán en su odio a Obando.

---

mientos conmigo, hizo los mayores esfuerzos para que quedara en Colombia, aun después de haberle pedido por dos veces mi pasaporte para retirarme a España, y que para que accediese yo a quedarme me manifestó varios motivos, todos de religión. Ahora bien, un hombre que hace poco aprecio de ésta no se somete a rogar a un vencido y enemigo que le había sido declarado de sus principios para que no abandonase su grey, como lo hizo conmigo, no habiendo jamás tenido que quejarme por mal trato que me hubiese dado. Pudiera alegarle a usted otras pruebas, pero creo será suficiente la que puede ver en la copia del decreto que ha dado últimamente y le acompaño, por la que en mi concepto se le puede llamar con justicia *el arca de la salvación de la República y el sujeto de las circunstancias para la futura felicidad de Colombia.* Si usted me dice que ésta es hipocresía y que después volverá la medalla, yo le contestaré que entonces tampoco merecerá mi aprecio; pero mientras proceda como ahora lo veo proceder, yo le viviré eternamente reconocido como ministro de la religión y rogaré a Dios para que le mantenga en sus buenas ideas, lo que espero que el Señor haga en beneficio de su Iglesia, pues aun cuando fuese tan malo como usted me lo pinta, también sé que S. Pablo fue perseguidor de la Iglesia, y un Agustino un grande hereje; y sin embargo del primero hizo Dios un vaso de elección, y del segundo un muro de defensa de la Iglesia. Al hombre no se le puede graduar por bueno o malo hasta no ver el fin de su carrera".

QUINTA GLOSA

CURAS DE BUCARAMANGA, GIRON Y LA FLORIDA

24 de octubre de 1932.

QUINTA GLOSA

CURAS DE BUCARAMANGA, GIRON Y LA FLORIDA

Hemos dicho que los Curas de Bucaramanga y sus alrededores aparecen en el *Diario* colmando de atenciones al Libertador. Si revisamos, en efecto, el Indice de la Parte perdida, hallamos muchos rastros de ello, y en todo el curso de la Parte salvada son muy frecuentes los pasajes donde la sotana actúa entre los personajes de la narración.

Así, de los sumarios no desarrollados, correspondientes al mes de abril de 1828, entresacamos los siguientes anuncios:

Día 3: Convite del Cura de Girón; día 5: Algunas palabras de S. E. sobre el Cura de la ciudad de Girón; día 6: Recibimiento en Girón; Comidas y conversaciones en casa del Cura; día 7: Conversación sobre el Cura Salgar, Otra sobre el Cura Valenzuela; día 14: Privilegio en favor del Cura de Girón, Impreso del Cura de

la villa de Bucaramanga; día 15: Reconvención amigable del Cura de Bucaramanga sobre un paseo solitario del Libertador, S. E. conviene de la racionalidad de las observaciones del Doctor Eloy Valenzuela; día 17: Suceso en la Florida con el Cura; día 18: El Cura y los Alcaldes de la Florida; día 19: Sobre el Cura de la Florida [1], S. E. hace suspender los refrescos de la noche en casa del Cura de Bucaramanga. (Estos refrescos estaban establecidos desde la llegada allí de Bolívar, pues Peru de Lacroix, en la carta a su esposa, fechada el 13 de abril, que mencionamos en nuestra Introducción a estas Glosas, le dice así: "Sigue constantemente el Libertador, y todos nosotros, con el refresco diario de la noche en casa del Doctor Eloy"). Día 25: La ternera y los consejos del Cura Salgar. (Este Salgar era el Cura de Girón. Parece que dejaba mucho que desear en su conducta, a juzgar por el episodio de la confesión, que adelante se verá. Y en la conversación del 5 de junio, el Libertador, al "pasar revista de algunos jefes Granadinos", saca a relucir junto con Obando a un general Mantilla, de quien dice: "el último es el bastardo del Cura de Girón Dr. Salgar").

---

[1] Respecto de este eclesiástico nos informa el Dr. Martín Carvajal, hablando de la carta de 13 de abril dirigida por Peru de Lacroix a su esposa: "Se refiere a la Florida que empezaba "a ser población, y su fundador, el más tarde Obispo de Pasto "señor Elías Puyana, entonces Párroco de allí, venía de vez en "cuando a jugar ropilla con el Libertador. Su familia conser- "vaba hasta no hace mucho una mesa donde corría ese monó- "tono juego. Así me lo refería don Benicio Collazos, de grata "memoria".

Repetimos que es gran lástima que se haya perdido el manuscrito de ese mes de abril, pues sería interesante conocer punto por punto los incidentes que ahí se indican; pero, en cambio, el texto que poseemos nos ofrece mucho material respecto del Dr. Eloy Valenzuela, Cura de Bucaramanga, y aunque ello mismo nos aguza el deseo de una noticia completa del individuo, en sí es suficiente para hacernos grata su personalidad. Dediquémosle, pues, algunos párrafos.

Desde luego, el Dr. Valenzuela era grande amigo del Libertador, tomaba parte activa en los asuntos públicos, como todos los eclesiásticos importantes de la época, y gustaba de echarla de hombre experto en cosas políticas, escribiendo para la imprenta lucubraciones que Bolívar juzgaba, como ya lo hemos hecho constar en la Introducción, con poquísima indulgencia.

Pero no por eso le estimaba menos Su Excelencia, y una prueba de ello es la siguiente carta que le dirigió estando ya en camino para instalarse en la célebre villa:

Sátiva, 24 de marzo de 1828.

"*Señor doctor Eloy Valenzuela, Cura de Bucaramanga.*

"Mi querido doctor:

"Mi edecán, el comandante Wilson, que marcha en comisión a Ocaña, debe pasar por ese pueblo y tiene encargo de hacerle a Vd. una visita en mi nombre y ofrecerle mis recuerdos y mi consideración, al mismo tiempo que le informará a Vd. de cuanto desee saber

con respecto a las cosas públicas. Le suplico lo auxilie en cuanto dependa de su bondad.

"Soy de Vd. afectísimo amigo

"BOLIVAR" [2].

El Dr. Valenzuela era Diputado a la Gran Convención, como consta por esta frase del Libertador a O'Leary, en carta de 13 de abril, dirigida a Ocaña: "De aquí va el doctor Valenzuela, que ya está bueno y se muestra muy adicto" [3]. Pero por fin no fue, pues el *Diario* nos lo hace ver durante todo el tiempo en Bucaramanga y nos sugiere que había continuado achacoso, pero siempre honrando mucho al Libertador y siendo objeto de la más señalada deferencia de parte de éste, a pesar de sus severos fallos con motivo de los humos de estadista y registrador de fastos del Vble. Sr. Cura. Veamos los lugares del *Diario* en que se toca este argumento:

El día 3 de mayo escribe Peru de Lacroix:

"Esta mañana temprano, todos los de la casa del Libertador, hemos recibido un nuevo [4] impreso político del Dr. Valenzuela, igual a los anteriores, es decir lleno de ridiculez y de disparates. En el almuerzo S. E. se divertio con dicho escrito y hablando de su necio autor, dijo: "pobre chocho político que tiene el delirio que creerse un segundo Abate Deprad: ¡que locura! pero nadie le quitaria de la cabeza, al Cura de Bucaramanga,

[2] Vicente Lecuna, *Cartas del Libertador,* t. VII, p. 178.

[3] *Ibid.,* p. 224.

[4] Recuérdese que en el sumario del día 14 de abril (*Primera Parte*) se menciona un "Impreso del Cura de la villa de Bucaramanga".

que en política y en materias de Estado sabe tanto como el Arzobispo de *Malines*".

El capítulo del día 8, en cuya última parte se consigna el juicio emitido por el Libertador durante el paseo a pie que siguió a la comida, acerca de los Generales de Colombia dividiéndolos en tres categorías—algunos muy buenos, muchos mediocres y otros muy malos, como en todas partes [5]—termina así:

"Del regreso del paseo S. E. entro donde el Dr. Eloy y se recoyo temprano diciendonos que la caminada le habia dado ganas de dormir; pero fue mas bien a causa del enfado que le habia dado la lectura de un escrito manuscrito que le habia mostrado el cura, titulado *Almanaque,* relativo al mismo Libertador".

El capítulo del día 9 comienza con el siguiente párrafo:

"Antes del almuerzo el Libertador me envio á buscar, y al presentarme me pregunto si habia leido el *Almanaque* del Dr. Valenzuela; le conteste que me lo habia mostrado algunos dias antes. "El cura esta loco, dijo S. E., de escribir como lo há hecho una multitud de sandez sobre mi persona, mi modo de vivir, mi fragilidad [6], y de haber reunido tantos disparates en lo que llama su *Almanaque:* yo le tengo cuenta de sus buenas intenciones, se lo agradesco, pero que no vaya a imprimir aquel escrito ridiculo, hablele V. y trate

[5] Nótese que esta división es la misma, y expresada casi en términos idénticos, que la que hizo más tarde (el 6 de junio) de los ministros de la Religión Católica en Colombia, y de la cual hablamos en nuestra Glosa anterior.

[6] ¿No será más bien "frugalidad"?

de disuadirle de tal proyecto". Conteste que lo haria aunque me parecia dificil el lograr tal objeto, sabiendo lo que es el amor propio de un autor".

Y el cuarto párrafo del propio capítulo es como sigue:

"Antes de comer dije al Libertador que habia ido donde el Dr. Eloy, y que me habia prometido que no haria imprimir su *Almanaque;* añadiendo que dudaba que cumpliese su palabra, porque su amor propio de autor le estaba engañando y que dificilmente se resolveria á renunciar á los elojios y á la celebridad que piensa le procuran sus escritos. "Que espiritu falso y ridiculo es el espiritu de aquel cura, dijo S. E.; viejo ó impotente como es el, debiera pensar solamente en la muerte y en la eternidad en lugar de ocuparse todavia en locuras y disparates como un niño, y con tanta simpleza".

Nótese cómo se revela en esa reflexión la fe y la educación cristiana del Libertador. Y confróntesele con este pasaje de una carta suya a Santander, escrita desde Guayaquil el 27 de agosto de 1822: "Los dos tercios de mi vida se han pasado ya, y el tercio que falta lo quiero emplear en cuidar mi alma y mi reputación; porque yo tengo que dar cuenta a Dios y al mundo de mi vida pasada y no quiero morir sin dejar antes mis cuentas corrientes" [7].

Refiere en seguida Peru de Lacroix la charla anecdótica del Libertador en su paseo a caballo de aquel día después de comida y luego principia el párrafo final

---

[7] *Cartas del Libertador* (V. L.), t. III, p. 77.

diciendo: "No hizo el Libertador su visita al Cura, se retiro para su casa y alli fue la tertulia". Lo cual confirma una vez más que era práctica habitual de S. E. la de tener cada día un rato de tertulia en casa del Dr. Valenzuela.

El capítulo del 5 de junio, día de *Corpus,* que comienza hablando de la Misa y Procesión, presenciada ésta "donde el Dr. Valenzuela", "por detrás de una cortina que tapaba la puerta del Cura", prosigue así:

"Para divertirnos el Cura nos dio a leer un manuscrito que habia enviado a Maracaybo para su impresion y que le han devuelto sin haber querido imprimirlo: tambien nos dio otro papel impreso, igualmente obra suya de fecha 20 de Marzo de este año. Despues de haber recorrido el todo el Libertador dijo en frances: "No me cansare en decirlo que este Cura es un celebre loco; que ideas tan extravagantes y tan disparatadas son las suyas: solo tiene para el su buena fe; no es ipocrita, y cre todo lo que dice y escribe; tanto en materias politicas, asi como en asuntos relijiosos".

Es indudable, pues, que el Dr. Valenzuela tenía el prurito de escribir sobre política y que sus lucubraciones no agradaban mucho que digamos al Libertador. Cuanto al famoso *Almanaque,* es creíble que se tratara de un trabajo encomiástico del Héroe, apreciable en el fondo aunque tal vez chabacano en la forma. Nosotros no podemos juzgar hasta qué punto fuesen merecidas las invectivas de Bolívar sobre los tales escritos, pues nada conocemos de ellos; pero, de todos modos, eso no perjudica a la calidad moral y al valor intrínseco del personaje. Bien podrían también tenerse presentes en

este caso, para atenuar la severidad del juicio bolivariano, estos testimonios de Peru de Lacroix en su capítulo del "jenio, carácter, usos y costumbres del Libertador": *Es siempre con un poco de exajeracion que S. E. alaba, sostiene ó aprueba alguna cosa; lo mismo sucede cuando critica, condena ó desaprueba.—Su caracter y su espiritu son mas por la critica que por el elojio; pero nunca sus criticas ó sus elojios faltan de fundamentos y de verdad: solo pueden tacharse algunas veces de un poco de exajeracion* [8].

---

[8] La verdad es que el Dr. Valenzuela distaba mucho de ser un imbécil. Después de escrito lo que arriba aparece, hemos adquirido suficientes datos acerca de su persona. Poseía él una vasta instrucción, particularmente en Ciencias Naturales, habiendo sido uno de los fundadores de la célebre Expedición Botánica de la Nueva Granada, discípulo de D. José Celestino Mutis. Cultivaba la Medicina y la practicaba en bien de sus feligreses. Con todo, nos dice su biógrafo el eminente Académico de Bogotá D. Enrique Otero D' Costa, que el Párroco de Bucaramanga había adolecido siempre de un carácter un poco excéntrico, lo cual añadido a su avanzada edad, que le apagaba un tanto el cerebro hasta caer en lo llamado comunmente *chochera,* podía quizás haber hecho que sus escritos de la época senil no hubieran de tomarse precisamente como modelos de lógica y corrección. Pero también advierte Otero D'Costa lo siguiente: "Pensamos que los epítetos de *falso, ridículo, viejo impotente* que pone Peru de Lacroix en boca de Bolívar, no deben ser los que en realidad diera el Héroe al amigo noble y sincero. Esto indicaría ingratitud, y Bolívar no tenía por qué ser ingrato con su admirador, máxime cuando su pecado nacía de quererle hacer su apología. Pudo suceder que Bolívar pronunciara algunos adjetivos de cariñosa burla sobre el anciano levita, los cuales, mal recordados por el diarista, pasaron al papel adulterados. ¿Esa adulteración sería intencional? ¿Se-

Sea como fuere, repetimos que las consabidas invectivas no obstan para que la figura del Dr. Valenzuela aparezca con todo el decoro propio del estado sacerdotal, sin que en ningún momento desdijese de la marcada estimación que Bolívar le profesaba y de la cual le dio singulares muestras hasta la hora misma de ponerse en marcha de regreso para Bogotá, como lo expresa Peru de Lacroix en este pasaje del capítulo correspondiente al día 8 de junio, víspera de la partida:

"Por la tarde fue a despedirse del Dr. Valenzuela, yo solo lo acompañe porque los demas estaban ocupados en sus preparativos de viaje; aquella visita fue la unica que hizo el Libertador. Al salir de donde el Dr. S. E. quizo continuar el paseo y se dirijio á fuera del lugar. A pocos ratos y despues de haber hablado S. E. algunas cosas del Cura Valenzuela que llama el *buen Cura de Bucaramanga* [9], S. E. dijo que la disolución de la Convencion iba á ponerle en un cruel embarazo &".

Cerremos esta glosa copiando la última parte del capítulo referente al 1º de junio, en la cual consta un caso bastante curioso. Se deja ver allí, como antes insi-

---

ría nacida de un mal recuerdo o de mala interpretación de un idioma que no era el paterno? Nada podemos asegurar, y solamente recordamos que Peru de Lacroix no tenía muchas simpatías por los eclesiásticos y menos debía profesarla al Cura de Bucaramanga, pues como se recordará, éste había tenido serias diferencias en otros tiempos con don Facundo Mutis, y es bien sabido que don Facundo era el suegro de Peru de Lacroix... Tal vez por ese lado vaya buena parte del agua del molino". No es improbable que así pasaran las cosas.

[9] Recuérdese la afectuosa solicitud con que el Dr. Valenzuela había mirado por la vida del Libertador el día 15 de abril, y el agradecimiento con que Bolívar le había correspondido.

nuamos, que el Cura de Girón era persona poco ejemplar, que el Dr. Valenzuela abrigaba contra él graves resentimientos y que el mismo Libertador le tenía en muy escaso aprecio. Pero, con todo, tanto el uno como el otro practican en su favor un bello acto de caridad. Y si Bolívar intervino hasta ese punto para que le fueran administrados los auxilios espirituales al Dr. Salgar, es porque algún valor les daba. Nada importa en la cuestión el juicio que Bolívar y Valenzuela formaran acerca de la sinceridad de Salgar: eso era cuenta de la conciencia de este último, y, entretanto, el paso en pro de la salvación de su alma quedaba dado. Léase, pues, el pasaje en referencia:

"A las ocho nos pusimos al juego y como a las nueve y media anunciaron al Libertador una señora pariente del Cura de Giron: S. E. dio orden para que entrase. Venia de parte de dicho Cura suplicar al Libertador á que se empeñase con el Dr. Eloy Valenzuela para que este fuera á recetar [10] y confesar al Dr. Salgar, que estaba muy enfermo, y en peligro de la vida. El Libertador se extraño de tal suplica y de tal comision, pero se levanto, pidio su sombrero, me dijo de acompañarlo, y dejo la señora con el Jral. Soublette. El Dr. Valenzuela se sorprendio en ver entrar tan tarde al Libertador en su cuarto y despues de haberlo oido le dijo: "Señor, esto es una comedia de Salgar, el no tomaria los remedios que yo le recetaria ni tampoco se confesaria con migo: sin embargo si V. E. me dice de ir á ver al Cura de Giron yo ire, pero nunca lo haria por suplica directa de dicho Salgar".—Se convino que

[10] Véase la nota 8.

el Dr. Valensuela iria a visitar a su colega el Cura de Giron pasado mañana en silla de mano.—Al regresar para su casa el Libertador me dijo: "Tiene razon el viejo Dr. y soy yo tambien de opinion que la cosa es una farza del Cura Salgar, ó que esta muy cerca en entregar su alma al Diablo, y que quiera entonces amistarse, antes de morir, con el que tanto ha perseguido ya q^e^ ha hecho tantos daños": llegamos a su casa, y dijo á la Sra. que el Dr. Valenzuela iria pasado mañana a ver al Dr. Salgar: continuamos el juego hasta las doce y media de la noche [11]. No he debido omitir esta ocurrencia, no por hacer conocer lo indiscreto y aun impertinente que há sido el mensaje del Dr. Salgar, sino para mostrar la bondad y la complacencia del Libertador, del Presidente de la Republica en ir a las 10 de la noche empeñarse con un medico y sacerdote para que fuera recetar y confesar á un enfermo, con el cual S. E. no tiene estrecha amistad y que poco aprecia segun se

[11] El Dr. Martín Carvajal completa esta noticia así: "Es "de advertir que aun cuando el Padre Valenzuela dijo que iría "dentro de tres días, la buena voluntad mostrada al Libertador, "dió ánimos a doña Ignacia (*doña María Ignacia Salgar, her-"mana del Cura de Girón, que era la "señora pariente" del "mismo, a quien se refiere Lacroix*) para presentársele perso-"nalmente y obtener que la visita fuera al día siguiente, como "se hizo. Y al efecto, algo mejoró el doctor Salgar, mas siempre "vino a morir poco después de la misma afección (*cardiaca*), "el cuatro de septiembre siguiente al día de junio que conside-"ramos aquí, como consta puntualmente de los libros parro-"quiales de Girón. Firma esa partida de defunción el Padre "José María Valenzuela, hermano del Padre Eloy, el padrecito "que dice Peru de Lacroix destinado por el Párroco para cele-"brar los oficios religiosos al Libertador cuando éste los exi-"giera".

há visto por lo que hé relatado en las primeras fechas de este diario. Otro que el Libertador, habria quisa hecho escribir al Dr. Valenzuela lo que se queria de el, pero S. E. movido solo por un sentimiento de humanidad, y convencido que su presencia haria mas que un escrito, vá el mismo en persona a fin de lograr mejor su objeto. No teme con esto el comprometer su dignidad personal, ni la del primer majistrado de Colombia".

Y a título de colofón léase el siguiente comentario del Dr. Valenzuela con motivo del atentado de 25 de setiembre, escrito de su puño y letra en uno de los libros parroquiales y el cual copia en su tan acertada conferencia el Dr. Martín Carvajal, pues ahí se patentiza una vez más el profundo aprecio que el anciano sacerdote profesaba por el Grande Hombre: "Bolívar en "Santa Fe desmintiendo, avergonzando y confundiendo "sus calumniantes. Jinchos traviesos que inoportunos "nada más han hecho que meter ruido en la función: "gatos hambrientos que mahullan y arañan y agarran "y no tienen fe ni aun en sus propios hijos. . . Este hom- "bre eminentemente patriota y desinteresado a quien "todo se debe, por quien todo subsiste y sin el cual todo "se acaba, debe continuar en el mando siquiera por diez "años mientras que la máquina del gobierno toma regu- "laridad en su marcha y la gente se acostumbra a la "propia obediencia de sus jueces, al exacto cumpli- "miento de la ley y de los deberes particulares. Sólo Bo- "lívar puede consolidar para que sea duradero este ré- "gimen; sólo él impone respeto con su nombre; sólo él "puede juntar los dos cabos de Cuenca y Maturín. Si "Bolívar se retira, Colombia expira".

SEXTA GLOSA

SUPERSTICIONES, PROVIDENCIA, PRESENTIMIENTOS

30 de octubre de 1932.

SEXTA GLOSA

SUPERSTICIONES, PROVIDENCIA, PRESENTIMIENTOS

Algunas veces se tocó en las pláticas de Bucaramanga el tema de los presagios, agüeros o creencias supersticiosas relativas a los acontecimientos de nuestra vida, y Bolívar blasonó de una gran libertad de espíritu al respecto, aun cuando tal vez pueda en el fondo sospecharse un enérgico esfuerzo de su voluntad para sacudir la inquietud en tal sentido.

El día 6 de mayo de 1828 habló del asunto, con motivo de cierto aviso recibido de Ocaña y de la ansiedad que notó en sus acompañantes por haberse él alejado del grupo y aún tratado de ocultarse de su vista durante una cacería. Haciendo valer unas cuantas razones díjoles, pues, que le había dado poco cuidado el aviso, pero que "sin embargo hay ciertas reglas de Prudencia de las cuales los insensatos solo se apartan, y casos tambien en que toda prudencia es inutil, porque nuestra buena ó mala suerte, ó si se quiere el acaso

solo y no nuestra prevision, nos salva o nos pierde: que en Jamaica y en el Rincon de los Toros, no fueron ciertamente sus calculos prudenciales ni sus medidas previsivas que le salvaron la vida sino solo su buena fortuna". Y al concluir el relato del primer episodio hizo esta reflexión: "Miren ustedes que casualidad fue la que me salvo la vida y la hizo perder al pobre Amestoy ¿que decir, que concluir de esto? que fue un acaso feliz por el uno y desgraciado para el otro".

Perfectamente. Pero no es malo apuntar que en la primera parte del razonamiento Bolívar sobreabunda de buen sentido y ratifica su criterio de veinte días antes al convenir en "la racionalidad de las observaciones del Dr. Eloy Valenzuela" cuando éste le reprochó amigablemente el haberse arriesgado a un paseo solitario en que hubiera podido ser víctima de una infame agresión; y que en la segunda parte saca él a relucir una "suerte", un "acaso", una "fortuna" propia, que al fin y al cabo representan una fuerza superior y extrínseca a la cual están ligadas las vicisitudes de nuestra existencia.

El día 10 el Libertador se entretuvo recordando sus, tan prematuros, matrimonio y viudez y disertando sobre las consecuencias que en el rumbo de su destino esos hechos tuvieron. Leamos tan interesante página (y aquí nos permitiremos ya *desfrancesar* un poco el lenguaje de Peru de Lacroix):

"Yo no tenía 18 (años) cuando (me casé en Madrid) y enviudé en 1801 no teniendo todavía 19 años; quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme y he cumplido mi palabra. Miren

VV. lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. 'Ni Colombia ni el Perú, le repliqué, ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V. E. no hubiese tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independencia'.— No digo eso, prosiguió S. E., porque yo no he sido el único autor de la revolución, y durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas hubiera aparecido algún caudillo si yo no me hubiera presentado y la atmósfera de mi fortuna no hubiese como impedido el acrecentamiento de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia y que me tenía reservado para esto: las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones son las que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo hicieron seguir y me han mantenido en él. Oigan esto: huérfano a la edad de 16 años, rico, me fui a Europa, después de haber visto a Méjico y la ciudad de La Habana: fue entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo Marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza. Volví de Europa a Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena con los vapores del más violento amor y no con ideas políticas, porque éstas no habían todavía tocado mi imaginación. Muerta mi mujer y desolado yo con aquella pér-

dida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia, y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés en los negocios públicos, la política me interesaba, me ocupaba, y seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, el coronamiento de Napoleón: aquel acto o función magnífica me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba al héroe francés; aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, las heroicas hazañas de Napoleón, victoreado en aquel momento por más de un millón de individuos, me pareció ser, para el que obtenía aquellos sentimientos, el último grado de aspiración, el último deseo como la última ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón en la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica: lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona [1]. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la es-

[1] Hay absoluta discrepancia entre este discurso y la noticia que nos da del caso O'Leary en sus *Memorias* (t. I, p. 17), donde dice, refiriéndose a la coronación del Emperador: "El embajador español invitó a Bolívar a formar en su séquito para presenciar aquella ceremonia, pero no sólo rehusó la invitación, sino que se encerró en su casa durante todo el día". Y eso, porque ya Napoleón no era para él "el símbolo de libertad y gloria, el objeto de su admiración en política", como lo había sido dos años antes, cuando "acababa de ratificarse el tratado de Amiens y Bolívar fue testigo de los regocijos con que se celebró tan fausto suceso". En cambio, lo que en otra parte del *Diario* (8 de mayo) pone Lacroix en labios de Bolívar, de que "había asis-

clavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertara; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde, sí, empecé a lisonjearme en que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no de que haría el primer papel en tan

---

tido a una gran revista pasada por Napoleón al ejército de Italia en la llanura de *Montesquiaro,* cerca de *Castiglonì",* puede fácilmente identificarse con este dato de O'Leary (*ibid.,* p. 20) acerca de la entrada de Napoleón a Milán: "Magnífica fue la pompa que se desplegó para los regocijos en aquella vez; pero lo que más agradó a Bolívar fue la gran revista militar en las llanuras de Marengo; allí, además de las tropas, se agolpaba gran concurso de gente ansiosa de ver al héroe en el campo de la más célebre de sus victorias". Mas adviértase que en este mismo lugar O'Leary agrega las siguientes significativas líneas, referentes a la nueva coronación del Gran Corso: "No menos espléndida que las fiestas del Piamonte fue la entrada triunfal de Napoleón en Milán, ni más brillante la ceremonia de la coronación del emperador de los franceses que la del rey de Italia. Pero por imponente y fastuosa que fuese esta ceremonia, Bolívar, aunque testigo de ella, conservaba los sentimientos que en París le habían alejado de otra semejante y halló más placer en contemplar la noble ciudad y sus preciosos suburbios". (En realidad de verdad, consta por la Historia que Napoleón, en su viaje a Italia rumbo hacia Milán para ceñirse la corona de los antiguos reyes lombardos el año siguiente (1805) de su coronación imperial en París, visitó de paso con la emperatriz Josefina el campo de batalla de Marengo; no leyéndose nada en tal sentido respecto de *Montechiaro* y *Castiglione,* si bien es cierto que estos sitios habían sido también teatro de victorias de Bonaparte en la gloriosa campaña de 1796. Pero Marengo (14 jun. 1800) había eclipsado el brillo de aquellas primeras hazañas).

Agreguemos que las frases que siguen resultan algo incompatibles con lo del juramento en el Monte Sacro, al cual difí-

grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o en San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera adquirido aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres: vean, pues, ustedes si influyó o no en mi suerte".

El único pero que ocurre poner a ese desahogo sentimental recae sobre aquello de: *Dejemos a los supersticiosos* &. No hay por qué tachar de *supersticiosos* a quienes creían (y muchos son todavía los que con razón lo creen) que en el destino de Bolívar anduvo muy metida la Providencia de Dios. El mismo lo proclamó mil veces en documentos públicos y privados y no vale la pena de apelar en cosa tan sencilla al socorrido expediente del desdoblamiento de la personalidad del Libertador y ponerlo de farsante ante el hecho de su excepcional grandeza. Los mismos episodios de su vida que en el discurso en referencia narra, están pregonando la verdad de lo que se pretende desechar. No es ciertamente que haya de tenerse a Bolí-

---

cilmente pueden admitirse como alusivas; aunque en sustancia el hecho es innegable, ya que el Libertador mismo fue el primero en mencionarlo, en su célebre carta de 19 de enero de 1824, desde Pativilca, a D. Simón Rodríguez (Cfr. *Cartas del Libertador,* t. IV, p. 32).

var como la obra de un consejo inaudito de la Sabiduría Increada, como un portento singular de la omnipotencia absoluta de Dios, y que debamos suponerle a cada uno de sus pasos acompañado por una protección extraordinaria de lo Alto; pero sí es lícito creer que, dentro de las vías ordinarias de su providencia, Dios puso en él las aptitudes y le proporcionó los auxilios oportunos para el desempeño de su gran papel en la Historia. Entendidas así las cosas, menester es convenir en que el empleo del término *supersticiosos* en aquella circunstancia fue desafortunado.

La excusa, sin embargo, se nos viene luego a luego a la mano, pues tanto esa palabra como todo el razonamiento de marras no fueron sino una mera expresión de esa modestia en el hablar de sí propio que la urbanidad impone, y de la cual ni los genios se dispensan cuando no hay necesidad de hacer sentir a los demás el peso de la superioridad. (Muy de otra manera, en efecto, se había expresado Bolívar en enero del año anterior en Valencia, haciendo resonar esta sentencia en los oídos de Páez: "Yo soy como el sol en el horizonte y a mi alrededor giran los demás astros!")[2]. Si de alguna cosa, a la verdad, estaba Bolívar bien penetrado era de su predestinación para la obra libertadora que consumó: él abrigaba una certeza plena de que nadie sino él le hubiera dado cima, de que ninguno de aquellos héroes que en torno suyo figuraron y acerca de quienes emitió juicios tan severos en esas mismas pláticas de Bucaramanga, habría sido capaz de reemplazarlo. Y por eso donde su ver-

[2] Cfr. González Guinán.—*Tradiciones de mi pueblo*, p. 215.

dadero pensamiento se descubre es en estas palabras que por aquellos propios días dictaba, aunque aparentando expresar la opinión de su médico: "Al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial" [3].

Otra disertación sobre la consabida materia nos ofrece Peru de Lacroix bajo la fecha del 9 de junio. Es de notarse que ella aparece pronunciada casi a media noche, en Pie de Cuesta, a tres leguas de Bucaramanga, adonde Peru de Lacroix acababa de llegar con el objeto de dar la última despedida al Libertador ya en marcha para Bogotá, jornada en la cual el Coronel no lo acompañaba: siendo claro, por consiguiente, que esa página no pudo ser escrita en caliente, sino más tarde, algo amortiguada ya la impresión del discurso y libre un poco la fantasía del cronista para influir en la redacción definitiva del testimonio. Pero, sea como fuere, démoslo todo por exacto y copiemos el interesante pasaje, desfrancesándolo también sin alterar el orden de su texto:

"Si yo creyera en los presentimientos, me dijo S. E., no iría a Bogotá, porque algo me está diciendo que allí sucederá algún acontecimiento malo o fatal para mí; pero, me estoy preguntando también: ¿qué es lo que llamamos presentimiento? y mi razón me contesta: un capricho o un extravío de nuestra imaginación; unas ideas, las más veces sin fundamento, y no una advertencia segura de lo que debe sucedernos, porque no doy a nuestra inteligencia o, si se quie-

[3] Carta al Gral. Pedro Briceño Méndez, Bucaramanga, 4 de junio de 1828.—*Cartas del Libertador* (V. L.), t. VII, p. 313.

re, al alma, la facultad de antever los acontecimientos y de leer en lo venidero para poder avisarnos de lo que debe ocurrir. Confieso, sin embargo, que en ciertos casos nuestra inteligencia puede juzgar que si hacemos tal o tal cosa, que si damos tal o tal paso, nos resultará un bien o un mal. Pero este es un caso diferente, no igualable al otro, y por lo mismo repito que no creo que ningún movimiento, ningún sentimiento interior pueda pronosticarnos con certeza los acontecimientos futuros; por ejemplo: que si voy a Bogotá, allí hallaré la muerte o una enfermedad o cualquier otro accidente funesto. No hago caso, pues, de tales presentimientos; mi razón los rechaza cuando sobre ellos no puede mi reflexión calcular las probabilidades, o si éstas están más bien en su contra. Sé que Sócrates, otros sabios y varios grandes hombres, no despreciaron sus presentimientos, que los observaron y reflexionaron sobre ellos, y que más de una vez dejaron de hacer lo que hubieran hecho sin ellos; pero tal sabiduría yo la llamo más bien debilidad, cobardía o, si se quiere, exceso de prudencia, y digo que tal resolución no puede salir de un espíritu enteramente despreocupado. Dicen que Napoleón creía en la fatalidad porque tenía fe en su fortuna, que llamaba su *buena estrella:* él se disculpó de aquella ridícula acusación probando que no era fatalista y que el haber mostrado su *estrella* no era creer ciegamente en una cadena de destinos prósperos que le estaban reservados. No hacía caso de las predicciones: en el año de 12, en el momento de pasar el río Niemen para abrir su campaña de Rusia, su caballo cayó en la orilla de dicho

río y él en la arena; una voz dijo: *esto es un mal presagio; un romano retrocedería.* Napoleón no volvió atrás, siguió su empresa y ésta fue fatal para su ejército, para la Francia, y lo hizo caer del primer trono del mundo. Mas ¿qué prueba esto? nada; la caída fue *una casualidad* y solo un loco, un fanático o un imbécil podrían mirarla como un aviso de la Divinidad sobre el malogro de aquella campaña y sus fatales resultados. César al desembarcar cayó igualmente por accidente en la arena, en la orilla del mar, en presencia de todo su ejército, pero pudo darle vuelta al caso [4] y hacer creer que voluntariamente se había echado en el suelo para saludar la tierra, pues dijo: ¡Oh Tierra, te saludo! Su empresa fue feliz a pesar de su caída, que muchos habrían tomado por un funesto presagio [5]. Los verdaderos filósofos no hacen caso de los presentimientos y no creen en los presagios; pero el que manda debe tratar de destruir sus efectos sobre los hombres crédulos, como lo hizo Julio César. En el año

---

[4] Peru de Lacroix dice aquí: "pudo dar el cambio"; lo que no es sino la traducción material de la expresión francesa *donner le change,* esto es: *engañar, chasquear.* Eso indica a las claras que él va reflejando ahí su propio pensamiento, sin acertar siquiera con las palabras usadas por Bolívar, porque no es posible que el Libertador empleara en la conversación una manera de decir tan extraña a la lengua castellana.

[5] *Cornelio Hispano* procede con demasiada libertad parafraseando ese pasaje en esta forma: "César, al desembarcar, cayó igualmente sobre la arena, en la orilla del mar, en presencia de todo su ejército; pero quedó bien diciendo que voluntariamente se había arrojado al suelo para saludar a la tierra, y así exclamó: "¡Oh Tierra, te saludo!"; sus hados fueron prósperos a pesar de su caída, que muchos habrían tomado por un funesto presagio".

de 17, después de mi segunda expedición sobre Venezuela y antes de emprender la de Guayana, los españoles me derrotaron en Clarines dos o trescientos reclutas a cuya cabeza me hallaba, y la voz corrió de que yo èra desgraciado y todo me salía mal. Poco después, estando ya en Guayana, los españoles se presentaron y vi que me convenía dar la batalla que me presentaban: llamé entonces al Gral. Piar encargándolo de mandarla en persona, porque no se había borrado todavía la impresión de mi última derrota: no cedí, en esto, a presentimiento ninguno; ví sólo el de mis oficiales, que hubiera podido influir desfavorablemente sobre el combate y sus resultados. Piar ganó la batalla: se borraron las ideas que habían nacido sobre mi mala suerte; volví a mandar batallas, a ganarlas y a perder algunas, pero no renacieron en el ejército otras ideas sobre mi mala suerte, sino que al contrario todos confiaban en mi buena fortuna. Sócrates llamaba a sus presentimientos su *demonio:* yo no tengo tal demonio porque poco me ocupan: estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos con un velo impenetrable, y tengo por un imbécil o por un loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe, y teme por su existencia porque ha tenido tal o tal sueño; porque cierta impulsión aventurera de voluntad, manifestada con la ausencia de su razón, le ha presentado un peligro futuro; porque, en su interior, algo le ha dicho no hacer tal o tal cosa, no ir más adelante y volver atrás, no dar la batalla un viernes o un domingo sino otro día, no dormir sobre el lado izquierdo sino sobre el derecho, y finalmente otras bobadas de igual

especie. Los pocos ejemplos que se me podrían citar para combatir mi opinión son fruto del acaso y por lo mismo no pueden convencerme: entre millones de presentimientos y sueños, la casualidad sola ha hecho que unos muy pocos se hayan realizado, y citan estos últimos y no los primeros: centenares de millones han salido fallidos, y no se habla de ellos: un ciento o dos han salido verdaderos, y solo se citan éstos. Tal es el espíritu humano, amigo y entusiasta de lo sobrenatural y de la mentira, indiferente sobre las cosas naturales y la verdad".

Bien mirado, no son muchos los reparos que esa lucubración filosófica del Libertador demanda.

Desde luego, hay que convenir con él en que lo de los agüeros y supersticiones vulgares, que ligan a un incidente cualquiera el buen o mal resultado de una empresa o lo convierten en feliz o funesto presagio para alguno, son cosa vana y pueril, residuo de viejas fábulas o aberraciones de la mente popular que fácilmente se propagan y perpetúan. Es claro asimismo que una predisposición de la gente contra cualquier individuo a consecuencia de algún suceso desgraciado puede transformarse en confianza ciega en su buena suerte, como fue el caso de la caída de César o de la derrota de Clarines, sin apelar a más recurso extraordinario que una hábil maniobra de buen sentido o un feliz rasgo de serenidad y talento. Y, si se trata de sueños, fuera de los casos de verdadera telepatía o de divinas revelaciones (las cuales, más bien que sueños son éxtasis o arrobamientos), dar crédito a cualquier fantasmagoría de la imaginación descompasada mientras se duerme, para

buscarle un sentido arcano y directivo de nuestra conducta, es ciertamente algo necio y desatinado.

Pero el mismo ahinco que puso Bolívar en quitarle valor a los presentimientos y exhibirse, en un alegato de casi presunciosa erudición, como superior a la influencia de los mismos, nos infunde la sospecha de que no las tenía él todas consigo al respecto y sólo se esforzaba por dominar su inquietud, ya bien manifiesta en el hecho de haber planteado ese tema de conversación en aquel trance y a aquella hora. Los editores del *Diario de Bucaramanga* no han pasado de largo por sobre esta página, pues cada uno de ellos ha advertido que tal vez no eran tan despreciables como él lo pretendía, los presentimientos que en su regreso a Bogotá acosaban al Libertador.

Hé aquí como se expresa Machado:

"Acaso en el estado en que hoy se encuentran los estudios psíquicos no pueda afirmarse como lo hace el Héroe suramericano que los *presentimientos* son simplemente un extravío de la imaginación o una debilidad del carácter. Muchos casos pudieran citarse en que esos movimientos subconscientes que el pueblo ha bautizado con el nombre gráfico de *corazonadas* han advertido a los que los han experimentado la presencia de un peligro real que a veces han logrado evadir. El caso mismo de Bolívar ¿no es un nuevo dato sobre el particular? ¿No se vislumbra ahí la noche septembrina?"

Y *Cornelio Hispano* anota por su parte:

"Los presentimientos del Libertador, tan bellamente expresados en estas páginas, se cumplieron esta vez

al pie de la letra. Tres meses más tarde, en su misma alcoba, brillaron los puñales de la nefanda noche septembrina".

Tocante al *demonio familiar* de Sócrates, conviene apuntar que la palabra griega (δαίμων) no tiene en sí el sentido restringido que en el lenguaje cristiano le ha quedado asignado, pues ella significa en general *divinidad* y también *genio,* sér intermedio entre los dioses y los hombres; y, aunque hubiese genios buenos y genios malos, no hay para qué atribuir al filósofo ateniense el detestable gusto de hacerse acompañar de continuo por un mal *demonio.* Le bastaba con Xantipa. Cuanto a nosotros, la fe nos enseña que todos tenemos un Angel destinado a nuestra guarda, el cual de un modo invisible y sin *familiaridades socráticas,* pero con celestial eficacia, nos ampara y defiende en todo el curso de la vida. Bolívar tenía también el suyo. ¿Por qué no suponer, pues, que ese Angel de su guarda, en el ejercicio ordinario de su encargo y sin necesidad de asombrosas intervenciones, le había protegido muy de veras en los terribles momentos de su carrera que él conmemoraba en sus coloquios de Bucaramanga?

No saldrían así las cosas del proceso normal con que se desarrollan, pero no por eso dejaría de presidirlas, en cada individuo según sus aptitudes y destino sobre la tierra, una acción muy sabia y particular de la Divina Providencia.

SEPTIMA GLOSA

CABOS SUELTOS

15 de noviembre de 1932.

SEPTIMA GLOSA

CABOS SUELTOS

Hemos realmente revisado con esmero las 173 páginas que forman el famoso escrito de Peru de Lacroix en la edición típica de Machado, y, en las cuestiones que particularmente nos interesan, hallado que ninguna grave ofensa hay allí contra la fe católica, que los pocos juicios amargos con los cuales hemos tropezado, siendo dirigidos a personas, no a la doctrina, admiten muy fácil explicación, y que en cambio el Libertador dio en Bucaramanga muestras inequívocas de buen cristiano cumpliendo con ejemplaridad el precepto eclesiástico de la Misa.

Mas, para que nada se nos quede en el tintero, vamos a concluir nuestro trabajo haciéndonos cargo de ciertas expresiones salidas tal cual vez de los labios de Bolívar y que podría quizás alguno echar a mala parte.

El capítulo del 13 de mayo de 1828 comienza con este párrafo:

"A las 7 de la mañana entré en el aposento del Libertador, que estaba en su cama tomando una taza de

té, me dijo S. E. que tenía el estómago algo cargado y un gran dolor de cabeza. A poco rato entró su médico el Dr. Moor, muy apresurado; y S. E. reyéndose de su apuro: el Dr. recetó un vomitivo con tártaro emético, y el Libertador dijo que no lo tomaría; entonces el médico aconsejó de continuar con el té y se retiró. "Este Dr., dijo S. E. está siempre con sus remedios, y sabe que no quiero yo drogas de botica; pero los médicos son como los Obispos; aquellos siempre dan recetas, y éstos siempre echan bendiciones, aunque sepan que los a quienes las dan no quieren o se burlan de ellos. El Dr. Moor está enorgullecido de ser mi médico, y le parece que aquella colocación aumenta su ciencia; creo que efectivamente necesita de tal apoyo. Es buen hombre y con migo de una timidez, que perjudicaría sus conocimientos y sus luces, aun cuando tuviese los de Hipócrates. La dignidad Doctoral que se le ve algunas veces, es un vestido ajeno de que se reviste y que le sienta mal. Está engañado si piensa que tengo fe en la ciencia que profesa, en la suya y en sus recetas: se las pido, a ratos, para salvar su amor propio y no desairarlo; en una palabra, mi médico es para mí un mueble de aparato, de lujo y no de utilidad; lo mismo era con mi capellán que he devuelto".

Como salta a la vista, aquí hay más de humorada que de seriedad. El Libertador hace un poco de guasa a costa de su circunspecto facultativo, y claro está que no era esa la primera ni había de ser la última vez que un grande y voluntarioso paciente dejara con un palmo de narices a su galeno. Por otra parte, es bien sabida la idiosincracia de Bolívar para con los medicamentos;

dos años más tarde le hablaría al Dr. Révérend en Santa Marta de "su repugnancia a los auxilios de la medicina", y de seguro que ese desdén de toda la vida por "la asistencia de los médicos" contribuyó no poco a favorecer la enfermedad cuyo violento desarrollo le llevó al sepulcro. Cuanto a la comparación de los médicos con los Obispos, no deja de ser graciosa y nadie habrá de pretender que ella constituye un desacato a la venerabilidad de los Prelados de la Iglesia. Y para muestra de que Bolívar hablaba en tono de chanza al zaherir en aquella forma al buen Doctor, sin que por eso pusiese de veras en duda su idoneidad profesional, digamos que cinco semanas después, el 20 de junio, la reconocía paladinamente, escribiendo al Gral. Soublette lo siguiente desde Ubaté: "siento infinito que O'Leary no se haya mejorado; pero espero que los cuidados de Moore le volverán la salud que le deseo. Salúdelo, lo mismo que al Doctor" [1]. Tocante a la cuchufleta sobre el capellán, debe dársele igual explicación que a la dedicada al médico. Admítase, si se quiere, que Bolívar utilizara poco los servicios espirituales del capellán oficial, tanto más cuanto que en Bucaramanga tenía su *padrecito* "ad hoc" para la obligación de la Misa; pero tampoco debe olvidarse que el Libertador sabía honrar magníficamente al sacerdote que desempeñaba aquellas funciones junto a su persona y no permitía que nadie se desmandase en su contra. Dígalo, si no, el episodio de Valencia que apuntamos en la Glosa anterior y que bien merece la pena de referirse íntegramente. Transcribimos aquí el texto de Larrazábal, por ser más breve

[1] Vicente Lecuna.—*Cartas del Libertador,* t. VII, p. 327.

y menos cargado de pormenores dramáticos que el de González Guinán en su tradición *El Sol sobre el Horizonte,* bien que ambos coinciden de lleno en la sustancia y desarrollo de la escena:

"En la mesa (banquete del 5 de enero de 1827) tuvo lugar un serio desagrado que voy a referir con minuciosidad porque da la medida del temple de alma de Bolívar.

"Había publicado Páez una proclama referente a los sucesos que vienen contados y cuyo documento se acabó de imprimir muy tarde. Trajeron a la casa los primeros ejemplares, cuando todos se hallaban a la mesa; y el coronel Matías Escuté, jefe de estado mayor de Páez, repartió él mismo dicha proclama, producción suya tal vez, a los oficiales que acompañaban al Libertador. Con éste venía desde el Perú, en calidad de Capellán, el doctor Villarán, sujeto respetable, y al cual Escuté intencionalmente no dio un ejemplar de lo que distribuía. Escuté hacía alarde de incrédulo y de tener una moral estragada, y llevaba su sistema hasta la incivilidad. Sintióse con razón el doctor Villarán de aquel desdoro que sin causa se le hacía y no quiso recibir la proclama de mano de otro que se la brindaba. Entonces Escuté, creyendo que Villarán desaprobaba el contenido del documento, le dirigió algunas palabras malsonantes, y la disputa se acaloró hasta llamar la atención del Libertador. Este preguntó qué pasaba y su capellán le informó con verdad del hecho. Bolívar le dio la justicia que tenía; reprendió severamente a Escuté, y pasando más allá, en un arranque de incomodidad, zahirió a Páez y a los suyos que le oían:

"—Está usted todavía, señor Escuté, con las manos tintas en sangre americana, le dijo, pues acaba usted de salir de las filas españolas, y se atreve usted a insultar a mi capellán y a faltarme al respeto, a mí que soy el Presidente de Colombia. ¿Piensa usted que no recuerdo que en Semén mandaba usted una compañía de Cazadores realistas?...[2]

"Siguió la invectiva contra Escuté, y trayendo muy a propósito la idea de que había osado hacer lo que hizo, contando con el patrocinio de Páez:

"—Aquí no hay más autoridad ni más poder que el mío, le dijo: *Yo soy como el sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto*".

*

El día 16 de mayo, entre otros temas de conversación tocó Bolívar el de las formas aptas para regir a

[2] De este Escuté habla D. Andrés Level de Goda en sus Memorias, diciendo que, siendo teniente de rey en Caracas y concuñado de D. Vicente de Guevara, alcalde primero de Valencia, a quien Morillo hizo matar por haberse regocijado de la Constitución Española, le confinaron en La Guaira; pues Morillo estaba rehacio a publicar dicha Constitución y proyectaba "alzarse con todo Venezuela". Pero que el Coronel D. José Caturla, comandante de La Guaira, de acuerdo con Escuté, se decidió a publicarla en aquel Puerto, y en seguida se produjo en Caracas un movimiento para pedir lo mismo, a virtud de la efervescencia causada en los ánimos por los manejos de Escuté, quien "había ido dos veces a la media noche" a la capital. Son sorpresas que a cada rato nos están dando los viejos papeles. (Cfr. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* n. 59, julio-setiembre de 1932, pp. 203-205). Todo ese escrito de Level de Goda, que llena las pp. 146-225 del *Boletín,* es sobremanera interesante.

los pueblos y, hablando del gobierno teocrático, sostuvo "con una especie de ironía, que es el que más convendría a los de la América del Sur, visto su atraso en la civilización, su corta ilustración, sus usos y costumbres". En el fondo, el Libertador no hacía sino apreciar aquí un hecho innegable, cual era el del influjo que la religión ejercía en la masa de las poblaciones, a consecuencia del sistema político-religioso implantado por España en su vasto imperio, y en virtud del cual se produjo naturalmente lo que él mismo hacía notar el día 24, es decir, aquel dominio "no sólo de los Alcaldes y Curas de la parroquia, sino también de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas", siendo todavía "más numerosos los amos en las ciudades, porque se aumentan con muchos clérigos, frailes y Doctores"; aquella "aristocracia de rango, de empleos y de riquezas" existente en Colombia, y en la cual "entran también los clérigos, los frailes, los Doctores o Abogados, los militares y los ricos".

*

La moda de la época era hablar mucho de los horrores de la Inquisición y lanzar a diestro y siniestro la acusación de fanatismo. Sin embargo, esta última palabra no se halla sino una vez en el *Diario* como proferida por Bolívar, y eso muy de pasada al contar los factores que impidieron al principio la generalización de la idea de la independencia; y una sola vez también salta de sus labios una mención del famoso tribunal, aunque haciendo más hincapié en ello, al comentar indignado la actitud y mala fe de sus enemigos frente a

su grandeza de alma, que no les impedía tramar toda clase de planes para deshacerse de él. Hé aquí ese interesante pasaje, que corresponde al 30 de mayo:

"Una señal bastaría para eso (hacer una matanza de los demagogos), dijo el Libertador, y mis enemigos, los de Colombia, no quieren ver que su exterminio está en mis manos, y que tengo la generosidad de perdonarlos: cualquiera de ellos en mi lugar no faltaría en dar aquella Señal no sólo para mi asesinato sino para el de todos mis amigos, de todos mis partidarios y de todos los que no profesan sus opiniones: tales son nuestros liberales: crueles, sanguinarios, freneticos, intolerantes, y cubriendo sus crimenes con la palabra *Libertad,* que no temen de profanar; se cren tan autorisados para sus crimenes politicos asi como pensaban serlo para los suyos los inquisidores y todos los que han derramado Sangre humana en nombre de Dios y de la Iglesia".

*

Las palabras *Jesuíta, Jesuitismo* y *Jesuítica* aparecen una vez cada una en el *Diario* (días 31 de mayo y 1º de junio) aplicadas al carácter o conducta de dos ilustres Generales. Pero ya se sabe que esas palabras habían tenido la desgracia de ser adoptadas en un sentido poco simpático, hasta merecer la suerte de ser incluídas con él en el diccionario de la lengua, y no hay por qué suponer que Bolívar pensase en otra cosa sino en el empleo familiar de esos vocablos al proferirlos. Asimismo estaba entonces muy en boga la palabra *filosofía* y todos se llenaban la boca llamándose *filósofos*

(como hoy se dicen *pensadores*) para distinguirse del común rebaño de los humanos. Por eso Bolívar termina uno de sus razonamientos diciendo: "La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades (las de los vicios que la política convierte en cualidades), nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela".

*

Digamos, por último, una palabra acerca de las lecturas del Libertador en Bucaramanga.

Peru de Lacroix nos lo exhibe como gran amigo de los libros y lector que presumía de buen gusto literario. Y así unas veces (23 de mayo) hace gala Bolívar de traducir versos franceses, leyendo *La Guerra de los Dioses* como si fuese una obra escrita en español: "lo hizo—dice Lacroix—con facilidad, con prontitud y elocuencia: más de una hora me quedé oyéndolo y confieso que lo hizo con gusto, y que muy raras veces tuvo necesidad S. E. de pedirme que le tradujera algunas voces". En otras ocasiones (26, 30 y 31 de mayo, 4 de junio) se entretiene repeliendo indignado los juicios sobre Napoleón en el *Gabinete de Saint-Cloud,* o poniendo reparos a la *Historia de Colombia* del Sr. Restrepo, cuyos capítulos lee con avidez. Por cierto que en la primera de estas ocasiones (el 26 de mayo), después de sorprendernos con la "confesión singular e inesperada" hecha, según afirma, por el Libertador de sus sentimientos íntimos respecto de Napoleón, en abierta contradicción con lo que públicamente había siempre manifestado, le pone en los labios las siguientes palabras: "El Diario de Santa Helena, las campañas de

Napoleón y todo lo que es suyo es para mí la lectura más agradable y la más provechosa; es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar" [3]. Otras (8 de junio) consagra una parte del día a la *Odisea* de Homero, en una traducción francesa. Respecto de sus preferencias y amplitud de cultura en el particular, nos ilustra como sigue el autor del *Diario:* "Voltaire es su autor favorito, y tiene en su memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso, conoce todos los buenos autores franceses, que sabe apreciar y juzgar: tiene algún conocimiento general de las literaturas italiana e inglesa y es muy versado en la española". Lo cual está perfectamente de acuerdo con los datos que el mismo Bolívar daba acerca de su propia ilustración, con motivo de un libro de Mr. Mollien, en carta de 20 de mayo de 1825, desde Arequipa, al General Santander [4]. Valga también esta noticia del *Diario*, correspondiente al 23 de mayo: "En la comida volvio S. E. en hacer el elogio de la obra del Caballero de Parni (por cierto que también la ortografía francesa queda algo estropeada bajo la pluma del Coronel); paso despues a elojiar las de Voltaire,

---

[3] Como el pasaje arriba mencionado está en desacuerdo con las opiniones bien conocidas de Bolívar sobre la personalidad de Napoleón (cfr. Sexta Glosa, nota 1), debe recibirse con cierta reserva el testimonio de Peru de Lacroix en este punto, y, teniéndose en cuenta que el Coronel había sido oficial del Emperador, lícito es sospechar que quisiese aquí *arrimar la brasa a su sardina,* como vulgarmente se dice, haciendo al Libertador rendir pleito-homenaje sin ninguna clase de reparos a la gloria del "héroe francés".

[4] Vicente Lecuna.—*Cartas del Libertador,* t. IV, p. 338.

que es su autor favorito; critico luego algunos autores Ingleses, particularmente a Walter Scot, y concluyo diciendo que la Nueva Heloisa de Jn. Santiago *Rouseau* no le gustaba por lo pesado de la obra, y que solo el estilo es admirable: que en Voltaire se encuentra todo; estilo, grandes y profundos pensamientos, filosofia, critica fina y diversion".

Hemos querido hacer notar bien esa preferencia del Libertador por las obras de Voltaire, para desvirtuar el concepto, que entre algunos medra, de que por esa causa Bolívar deba tenerse como un descreído o irreligioso. En otros lugares de estas Glosas se ha visto, al contrario, que nada está más lejos de la verdad, y que el Libertador rindió siempre culto a las creencias que mecieron su cuna. Voltaire era el autor que más ruido metía en su tiempo y no era posible que Bolívar dejase de conocerle [5]; pero nótese que él lo aprecia, sobre todo, en su aspecto literario e ideas po-

[5] A título de curiosidad, copiamos aquí unas frases de D. Andrés Level de Goda en las *Memorias* antes citadas, y las cuales dan idea de los libros que entonces andaban en manos de la gente leída: "Todavía hoy *Diablo* y *Voltaire* son sinónimos, y sin embargo de verse obras terribles como el *Sistema de la Naturaleza,* que se atribuye al barón de Holbach, y el *Origen de los cultos,* escrito por Mr. Dupuy; aunque corren en manos de todos las *Ruinas de Palmira,* de Volney, el *Citador* de Pigault-Lebrun, y la *Vida critica de Jesu Cristo* que creo es una infamia al atribuirse al dicho barón; aunque todas esas obras y otras muchas otras son la esencia del ateísmo, y algunas de ellas, como las dos últimas, son un dechado de insolencias, mala crianza, embustes indecentes, torpezas audaces y lubricidades desvergonzadas, nadie se acuerda de sus autores para nada, y se mantiene vivo el tole tole sobre Mr. Voltaire".

líticas, y nadie negará que tienen gran valor en este sentido las producciones del castellano de Ferney. A mayor abundamiento, obsérvese que en las pocas veces que el nombre de Voltaire aparece mencionado en la inmensa correspondencia del Libertador, ni una sola siquiera se le trae a cuento en su odioso carácter de enemigo del Cristianismo: sólo se cita tal cual sentencia suya del todo indiferente, que lo mismo habría podido ser dictada por cualquier folósofo o moralista no renegado [6]. No es lícito, pues, deducir de las preferencias literarias de Bolívar por Voltaire, que él fuera un *volteriano* en el sentido aborrecible y cínicamente impío de la palabra. Y si todavía quisiera insistirse en que el Libertador no poseyó una mentalidad rigurosamente católica, en vista de tal o cual ostentación suya de *espíritu fuerte* que pueda alegarse [7], siem-

---

[6] Cfr. *Cartas del Libertador* (V. L.), t. II, pp. 177 y 238; t. III, p. 97; t. IV, p. 338; t. V, p. 38; t. IX, p. 61.

[7] O'Leary (*Memorias*, t. I, cap. I) habla de las influencias de D. Simón Rodríguez y de la filosofía escéptica en la mente de Bolivar, con "la irreligión consiguiente", pero agrega que él "creyó siempre necesario conformarse con la religión de sus conciudadanos". Lo cual está pregonando que esta religión era lo que tenia profundas raíces en su espíritu. A aquellas mismas influencias es preciso atribuir los alardes de anticlericalismo que en sus mocedades hiciera y de los cuales puede ser reflejo lo contenido en el artículo *Cartas del General Bolivar* que en el Suplemento al Apéndice de las *Cartas del Libertador* ha insertado el Dr. Vicente Lecuna; aunque bien de bulto aparece al lector avisado que las escenas ahí descritas son de pura fantasía, más aún que inverosímiles, y los documentos, por consiguiente, de un valor histórico muy insignificante. Cuanto al curioso incidente del Vaticano, en que Bolívar se resiste a besar

pre será innegable que en él existió esa mezcla de creyente y de librepensador que tanto ha abundado en los tiempos modernos, pero que al fin y al cabo la fe religiosa, la vieja fe del hogar, fue lo que prevaleció en su alma, triunfando de lleno en ese contraste de la mente racionalista y del corazón cristiano tan bien puesto de relieve por uno de nuestros insignes literatos; triunfo cuya culminación tuvo efecto en la Quinta de San Pedro Alejandrino el 10 de diciembre de 1830, cuando el Libertador, en la plena luz de su inteligencia, fue advertido de su estado de gravedad por el Obispo de Santa Marta, "quien recibió su confesión y le dio la absolución", como lo participó en seguida el Edecán Coronel Wilson, que se halló presente en la circunstancia, a su amigo el Coronel Duncan [8], y acto continuo le fueron administrados los demás sacramentos de la Iglesia, confortado con los cuales y muy a la inversa

---

la sandalia del Papa pero sí le besa el anillo "del modo más respetuoso", no pasaría, en el caso de ser cierto (lo cual cuesta trabajo creer, pues el joven visitante debía estar enterado de antemano del ceremonial, y antes que faltar a la etiqueta lo hidalgo era no pedir la audiencia), no pasaría, decimos, de una malacrianza de mozalbete presumido, que, por fortuna, lejos de enfadar al Papa le cayó muy en gracia, como nos lo atestigua O'Leary. Pero nosotros preferimos suponer que el Libertador al contar ese cuento, como diría Lacroix, no hacia sino cometer una de aquellas fanfarronadas en las cuales el mismo Luis Peru refiere (25 de mayo, 5 de junio) que S. E. declaraba haber alguna que otra vez incurrido.

[8] "The Liberator was acquainted with his dangerous state on the 10th by the Bishop, who received his confession and gave his absolution". (Cfr. *Bolet. de la Acad. Nac. de la Hist.*, n. 59, p. 235, y *Bolet. de la Bibliot. Nacion.*, n. 37, p. 200).

de como, según dicen, procediera Miranda en igual trance [9], entregó plácidamente su vida al Creador, el 17 del propio mes, dejando a la patria un ejemplo edificante, cuya autenticidad y valor de hecho incontestable ningún conato arbitrario de crítica, inspirado en las rebeldías contra la fe de un presuntuoso filosofismo, podrá jamás desvirtuar.

---

[9] "Se pretende que se negó a confesarse en la última extremidad: 'Déjeme morir en paz', parece que dijo al Religioso que se ofrecia a asistirle". (C. Parra Pérez.—*Miranda et la Revolution Fraçaise,* 2ª pte.—c. VIII, p. 315).

APENDICE

¿QUIEN FUE PERU DE LA CROIX?

27 de abril de 1933

LOUIS PERU DE LACROIX

APENDICE

¿QUIEN FUE PERU DE LACROIX?

Leyendo el "Diario de Bucaramanga" despiértase la curiosidad acerca de la persona de su autor. No perteneció él ciertamente al número de las grandes figuras de extranjeros que se cubrieron de gloria en la epopeya emancipadora; pero mucha gracia debió adornarle para haberse metido tan adentro en la familiaridad y confianza del Libertador. Es indudable que Bolívar tenía un flaco por los europeos y se hallaba muy a gusto departiendo con ellos sobre temas de cultura, pudiendo hablar francés, haciendo gala de su superioridad intelectual y mostrándose así en todo ante sus tenientes como el sol que a todos iluminaba. Eso explica bastante sus charlas con Peru de Lacroix (aunque no fuera éste el solo interlocutor) durante los ocios de Bucaramanga; habida cuenta, por supuesto, del talento indiscutible del Coronel y de su variada, si bien harto superficial, ilustración. Es lamentable que este personaje hubiese terminado sus días de una manera tan poco digna de encomio, y que los ímpetus de una

sombría desesperación, ante el espectro enloquecedor de la miseria, arrollaran definitivamente en él los vestigios de la fe primera y la alteza de sentimientos que todas sus jactancias de "filósofo" quizás no habían logrado desterrar de su espíritu.

Con motivo de la aparición de la obra de Peru de Lacroix en la edición que ha dado lugar a las anteriores Glosas, el reputado periodista Nucete-Sardi publicó en "El Nuevo Diario", de Caracas, n. 6861, día 17 de enero de 1932, el artículo que va a leerse, y con el cual creemos dejar en gran parte satisfecha aquella curiosidad.

LUIS PERU, MILITAR Y DIARISTA INFORTUNADO. AL SERVICIO DE DOS AGUILAS.

Ahora cuando una nueva y excelente edición del discutido Diario de Bucaramanga circula entre nosotros, adquiere actualidad la figura del diarista, ese francés que emigrara huyendo de la inclemencia borbónica, después del desastre del Corso, en cuyas filas empezó a adquirir algún renombre.

Nunca sospechara Luis Peru, allá en su Montélimar natal, el papel que corriendo los días iba a desempeñar en América, ni la tragedia de su vida y de sus obras, ya que éstas también han sufrido recio combate, aun cuando su autor hubiese estado entre los más cercanos al Libertador.

Luis Peru, así a secas, es uno de los arquetipos del infortunio humano, ya que por su actuación y relación con notables figuras de la época, hubiera podido esca-

par al dolor de la miseria por la cual acabó su vida, un día de enero, en un hotel parisién, desolado y solitario.

Había nacido — nos dice Azpúrua — en 1780, en Montélimar, departamento del Drôme, cerca de la Provenza romancesca. Vida oscura en la provincia, entre las privaciones y los estudios, y luego, como eran tiempos propicios a la aventura de armas, debió ingresar a la carrera militar, buscando luz para su oscuridad en los fulgores de su bayoneta de soldado.

Los treinta años le sorprenden en Nápoles, sirviendo bajo el reinado de Murat, aquel hijo de mesonero, que, por su talento y bravura, alcanzara el mariscalato de Francia, el trono de Nápoles y las Dos Sicilias y el lujo de compartir su lecho con Carolina Bonaparte.

Y de servicio al lado del cuñado del Aguila, en 1812, no es extraño que fácilmente encontrara acomodo en las filas, bajo las inmediatas órdenes de Napoleón, y con grado de confianza fuera a la campaña de Rusia.

Una mañana, el Emperador solicita entre sus fieles un hombre capaz para una empresa de riesgo. Inteligencia y viveza son requisitos necesarios. Demostraciones de ambas cosas debió haber dado para la fecha Luis Peru, porque alguien indicó al Emperador que él era el hombre conveniente.

Y cumpliendo las órdenes del Aguila, se fue a espiar a Luis XVIII, desterrado por entonces en Inglaterra.

Pero su papel de espía debe ser bien representado. Compañero en la aventura debía ser un legitimista, para hacerlo insospechable, y fue escogido el oficial Saint Colombe. Peru, para darse humos de aristócrata,

añadió a su nombre el de La Croix. Y en la jornada de Leipsick se dejó hacer prisionero. Saint Colombe también. Era la consigna.

La amistad del conde de Adlercreutz le sirvió para sus planes y engañó al Conde y a Bernadotte, logrando pasaportes para Stockolmo, de donde siguió a Inglaterra. La primera parte de su programa de espía bonapartista estaba lograda. Luego habla con Luis XVIII, se entrevista con Wellington y sigue a España, siempre en camino de engaños para poder regresar a Francia.

Pero aquí, el infortunio empieza a acariciarlo. Cuando va a obtener el fruto de su labor, se desbarata el imperio napoleónico y huyendo del castigo que la inclemencia borbónica — en esta vez justificada — pudiera infligirle, emigra a la América, campo propicio para nuevas hazañas.

Dolía a los patriotas el año de 1814. Hay desbandada en las Antillas. El emigrado se reúne con Aury de quien ha de ser secretario, y en 1816 andaba con venezolanos y granadinos, cuando la desavenencia de los insurgentes, tomando en ciertos momentos iniciativas contra los planes de Simón Bolívar, quien intentaba el desembarco en Venezuela. Peru proyectaba con otros una salida hacia México.

Por Centro América anduvo en plan de piraterías —tal vez un poco forzado—pues pronto buscó situación menos peligrosa. Fuese a Cartagena y habló con Montilla, para lograr que se adquiriese la flotilla pirata de Courtois, con quien andaba, para la Marina de Colombia.

Logrado el deseo, actuó en Cartagena; enemistóse con su compañero y levantó protestas por la prensa contra él. Su violencia dio lugar a un juicio. Según dicen algunos, el primero de su índole por estas tierras, lo que ya bastaría para dar méritos al infortunado soldado de Francia.

Por lo que se ve, debió ser díscolo, voluntarioso y pedante, como muchos extranjeros que se creen en nuestra América con todos los derechos, ofuscados por una pretendida superioridad, llena de desprecios para el criollo. Pero, sin duda, era hombre de talento y de ilustración.

En el juicio salió mal parado, pues el Jurado le condenó, pero Montilla hubo de salvarle y le hizo internar en Cundinamarca. Volvió a brillar la estrella del francés. Indudablemente que Montilla lo recomendó a los jefes patriotas y por ello llegó a situarse a la sombra del Libertador.

En 1823, sus servicios le llevaron al Estado Mayor Libertador y fué coronel de Colombia. Por eso, en las horas disolventes de 1828, cuando se intentaban las reformas de la Constitución en la Villa de Ocaña, lo encontramos con Don Simón, en Bucaramanga, atento al proceso de la disolución grancolombiana, confidente o por lo menos testigo de los actos y dichos de Simón Bolívar, en aquellos días de lucha con presagios de ocaso.

Y con los recuerdos de estos días, forjó el francés su diario, algunas de cuyas páginas o modificaciones debieran ser trabajadas, bajo la hospitalidad del marqués del Toro, en el valle sonriente de Caracas. Tem-

peramento de escritor tenía Peru de La Croix, pues fueron varias las obras que dejara, entre ellas las "Memorias de Pacheco, portero vitalicio del Gobierno de Bogotá", en las cuales debe haber alguna crueldad, virtud no escasa en muchos porteros.

Cuando el Libertador murió, ya Peru de La Croix ostentaba las presillas de General de Colombia, y había contraído matrimonio con una bella dama bogotana *: doña Dolores Mutis.

Expulsado, se vino a Venezuela, y el infortunio siguió siendo su guía. La muerte de su protector debía ser fatal para el francés. Actuó en 1835 en la Revolución de Reformas y fue uno de los jefes del movimiento. Fue compañero de Carujo, por irónico contraste. Y como consecuencia de sus nuevas andanzas fue expulsado también de Venezuela, notándosele ya para 1836, en que esto sucedía, cierta propensión al suicidio.

En New York vivió días de desesperanza, agotando las pocas onzas que llevara. Salió para Francia, y un día de enero de 1837, opaco día de invierno parisién, se quitó la vida para huir de la miseria y de la desdicha de vivir separado de su familia.

Fue un hombre exaltado, apasionado, sobre todo en sus ideas políticas; inteligente y perseguido por el

---

* Más bien de Pamplona. En esta ciudad, por lo menos, se casaron, el año de 1825. Por cierto que durante la estada de Bolívar en Bucaramanga, Peru de Lacroix vivió en la casa de su suegro, D. Facundo Mutis (que asistía como diputado a la Convención de Ocaña), sita "a poca distancia de la que ocupaba el Libertador" (Dr. Martín Carvajal).

infortunio y la tragedia. Legó sus papeles a los editores de *El Siglo,* periódico de París.

Muchos dudan de la absoluta veracidad del Diario de Bucaramanga, por la misma exaltación del autor y por haber sufrido diversas influencias tal vez, durante su última permanencia en Venezuela, en época de controversias y luchas políticas, pero sin duda que ahí en esas páginas encontramos—muchas veces—en pijamas al Libertador. Y cierto instinto nos dice que así como allí aparece, era Simón Bolívar en la intimidad: exaltado, impetuoso, buen lector, hombre de buen gusto y cordial.

Pero el infortunio, no contento de haber logrado la tragedia final del soldado franco-colombiano, que estuvo al servicio de dos águilas, persiguió también sus obras.—*José Nucete-Sardi.*

N. E. NAVARRO
Prot. Apost.

INDICE

INDICE

	Págs.
Introducción	5
Primera Glosa—*Bolívar y la Masonería*	15
Segunda Glosa—*La "excomunión" de 1814*	35
Tercera Glosa—*Prácticas religiosas del Libertador*	53
Cuarta Glosa—*Filosofías y apreciaciones religiosas del Libertador*	65
Quinta Glosa—*Curas de Bucaramanga, Girón y La Florida*	83
Sexta Glosa—*Supersticiones, Providencia, Presentimientos*	97
Séptima Glosa—*Cabos sueltos*	113
Apéndice—*¿Quién fue Peru de Lacroix?*	129

OBRAS NO AGOTADAS DEL MISMO AUTOR:

La Masonería y la Independencia—A propósito de unos "reparillos"—1928.

Anales Eclesiásticos Venezolanos—1929.

Apuntes de Historia Eclesiástica de Venezuela—1929.

La Cristiana Muerte del Libertador—1930

Disquisición sobre el Patronato Eclesiástico en Venezuela—1931.

Don Rodrigo de Bastidas—1931.

La Catedral de Caracas y sus funciones de culto—1931.

El Arzobispo Guevara y Guzmán Blanco—1932.

EN PRENSA:

Apuntes sobre la Provincia Misionera de Orinoco e Indígenas de su territorio con algunas otras particularidades.

EN PREPARACION:

La Iglesia y la Masonería en Venezuela—Segunda edición, notablemente aumentada.

Biografía de Monseñor Dr. Juan Bautista Castro, Octavo Arzobispo de Caracas y Venezuela

EDITOR:
P. VALERY RISQUEZ
Tipografía Americana
CARACAS